REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLVIII | San José, Costa Rica | 1953 | Viernes 15 de Mayo | Nº 6

Año 33 — No. 1151

Estatura continental de Don Miguel Hidalgo

Apuntes sobre el prócer, en el 141 aniversario de su ejecución

Colaboración de *Vicente SAENZ*

En Chihuahua, el 30 de julio de 1811, tres descargas de fusilería rompieron la envoltura corporal del sacerdote insurgente don Miguel Hidalgo, padre de la independencia mexicana.

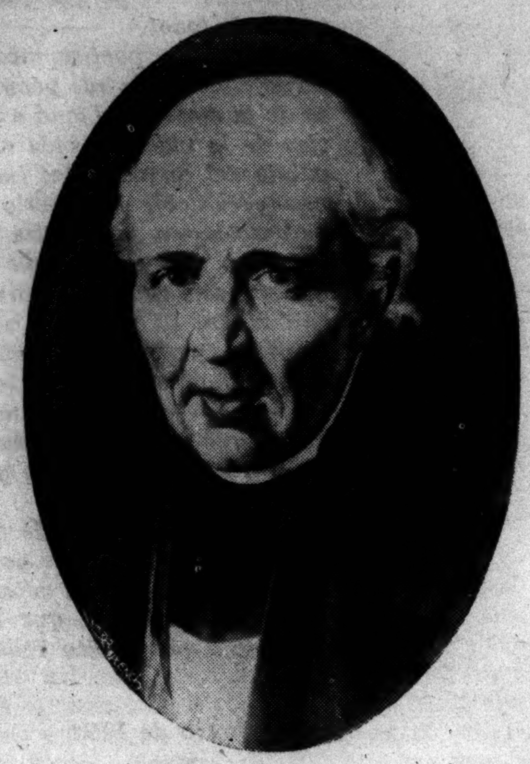
Tres días antes, el 27 de julio, con las firmas del doctor y canónigo don Francisco Fernández Valentín, comisionado de Monseñor Olivares, Obispo de Durango; del notario, el padre guardián del convento del Carmen, un cura ordinario y otro castrense, se había dictado la sentencia de degradación eclesiástica del héroe. Así reza textualmente el documento, en su parte resolutiva:

"Por tanto..., y en virtud de la facultad que me ha conferido el Ilustrísimo señor Diocesano, *privo para siempre,* por esta sentencia definitiva, al mencionado D. Miguel Hidalgo y Costilla, de todos los beneficios y oficios eclesiásticos que obtiene, deponiéndolo, como lo depongo por la presente, de todos ellos. Y declaro, asimismo, que en virtud de esta sentencia debe procederse a la degradación actual y real, con entero arreglo a lo que disponen los sagrados cánones, y conforme a la práctica y solemnidades que para iguales casos prescribe el Pontifical Romano".

Y el 29, víspera del día señalado para matarlo físicamente, frente a un altar improvisado en uno de los corredores del Hospital Militar, en presencia de numerosos funcionarios, de monjes y de clérigos, lleno además el patio de una abigarrada multitud de espectadores, se procedió al acto de degradarlo, terrible para un sacerdote, pronunciando el juez eclesiástico las palabras rituales de execración.

Le vistieron los ornamentos sacerdotales, que después le fueron quitando uno a uno; con un cuchillo le raspó el oficiante las palmas de las manos y las yemas de los dedos; y con unas tijeras y la cooperación de un peluquero se le recortó un poco de su cabello blanco, en tal forma que no le quedase vestigio de corona en la cabeza.

Según se iban realizando estas operaciones, denigrantes, torturadoras, que se prolongaron desde las seis hasta las diez de la mañana, caían sobre el ilustre paladín una execración tras otra: ..."Te arrancamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir, que recibiste con la unción de las manos y de los dedos"... "Te quitamos el hábito clerical y te desnudamos del adorno de la Religión, despojándote de todo orden, beneficio y privilegio clerical; y por ser indigno de la profesión eclesiástica, te devolvemos con ignominia al estado y hábito seglar"... "Te arrojamos de la suerte del Señor, como hijo ingrato, y borramos de tu cabeza la corona, signo real del sacerdote, a causa de la maldad de tu conducta".



Hidalgo

*

Asegura don Luis Castillo León, sin duda uno de los mejores y más documentados biógrafos del prócer, que "al terminar de quitarle las prendas sacerdotales, se le halló contra el pecho lleno de sudor, una imagen de la Virgen de Guadalupe" ¡Su Virgen de Guadalupe, que le sirvió de bandera a México para la revolución de independencia! Y agrega a continuación el mismo historiador:

"¿Quién pudiera penetrar hasta el fondo de desolación, de sufrimiento, de tribulación de aquel alto espíritu, en tan tremendo trance? De seguro que Hidalgo apuró en aquellas horas todo el cáliz de amargura; tuvo su calvario, padeció todas las torturas de un mártir. Pero alma grande, fuerte y valerosa como era, nada denunció su verdadero estado. No se le escapó ni una mínima demostración de soberbia o de debilidad. Su actitud fué de dignidad, de firmeza, de humildad. Y más que esto, de una serenidad que a todos pasmó, y no a pocos pareció indeferencia".

¡Indiferencia, sí, ante la pequeñez o la crueldad de aquellos hombres que antes de llevarlo al cadalso, antes de dispararle al cuerpo, pretendían quebrantarle el espíritu a un hombre superior, que había sido capaz de vencerse a sí mismo, de dominar sus escrúpulos de sacerdote —en aquella época— para lanzarse a la empresa de libertar a México!

*

He usado el verbo libertar, porque no concebía don Miguel Hidalgo la independencia, la simple independencia que es cuestión de mojones y de fronteras, de soberanía nacional, sin la libertad, que se refiere esencialmente al sér humano. He aquí un aspecto muy importante del ideario que enarboló y que iluminó con su sacrificio tan ilustre *americano.*

Y empleo aquí el adjetivo *americano,* porque en sus proclamas no se refería Hidalgo solamente a México, a la Nueva España, sino a la América, que para ser libre —en el doble aspecto territorial y ciudadano— tenía que desligarse de la metrópoli.

O sea que el clarividente Cura de Dolores, como el venezolano don Francisco de Miranda, como el chileno José Miguel Carrera, como el argentino Mariano Moreno, como Bolívar, como Morelos, como la brillante generación de 1810, en fin, la generación de la espada y la generación de la pluma, no pensaba *parroquialmente* según suele hacerse hoy, para nuestra debilidad y perdición, sino en sentido continental. Pero no en un sentido continental geográfico —que a veces nada significa, como nada ha significado en Europa— sino en un sentido más profundo de idioma, de tradición y de cultura.

Fuerzas poderosas se oponían y se siguen oponiendo a la unidad de nuestra América. Fuerzas poderosas se oponían y se siguen oponiendo a la libertad esencial del sér humano. Insistentemente he sostenido que el error está en habernos alejado del ideario y del ejemplo de los próceres. Y que debemos volver a ellos, aplicando a nuestra época de derrotismo, de incertidumbre y de temor, con su misma decisión inquebrantable, las ideas y los ideales de nuestros hombres guías: ideales que fecundaron con su sangre generosa, y que sólo con el esfuerzo y con la voluntad de acción de las nuevas generaciones hispanoamericanas, será posible que fructifiquen.

*

Quiere decir, entonces, que Hidalgo entre los libertadores —sin posibilidad ni medios de comunicación en aquella época para entrar en contacto con los caudillos del sur— fué destacadamente un precursor insigne, un sembrador de justicia social, de libertad humana, de ciudadanía. Y en forma tan extraordinaria que su decreto aboliendo la esclavitud, *bajo pena capital* para quienes no lo cumpliesen, no encuentra paralelo en el resto de América.

De indudable pujanza revolucionaria son igualmente sus problemas y sus disposiciones sobre repartición de tierras, y sobre la necesidad de acabar con la explotación de las masas indígenas, dándole al movi-

miento de 1810, desde los primeros días, un carácter colectivista y agrario, que no tuvieron, al iniciarse, las demás sublevaciones hispanoamericanas.

Estas son las características que colocan a Hidalgo en primer plano, no sólo como padre de la independencia, sino como padre e inspirador de la revolución mexicana que se refleja en otros pueblos. Y esto es así, porque no se concibe al México contemporáneo sin remontarse a Hidalgo y a Morelos, a través de Juárez y de la Reforma.

*

Cuando en el exterior se piensa en México, se habla inevitablemente de su revolución. La primera revolución democrática del siglo veinte, contra los grandes privilegios feudales y contra los grandes monopolios extranjeros, anterior a la revolución china de Sun Yat-Sen y a la revolución rusa de 1917.

Cuando se piensa y se estudia a México, se habla de la Constitución de Querétaro, la primera Carta Magna del mundo en cuyo texto —no en leyes separadas— en cuyo texto constitucional se incluyen las Garantías Sociales.

Y cuando se piensa en todo esto que es México, desde el punto de vista positivo, se habla de la expropiación petrolera, que hoy imitan varios pueblos dominados, y de tantas otras medidas y acontecimientos que le dan a este país su color propio y su gran personalidad en el concierto de las naciones libres.

Pero se piensa en Hidalgo, sobre todo, como apóstol, precursor y visionario de la grandeza de su patria. Por eso lo ejecutaron las clases dominantes. Y lo decapitaron. Y exhibieron su cabeza en la Alhóndiga de Granaditas. Ya dije al principio que tres descargas de fusilería le rompieron su envoltura corporal a don Miguel Hidalgo. Mas su espíritu —y esto es lo que interesa— sigue iluminando a nuestra América.

Vicente SAENZ.

México, D. F.,
30 de julio de 1952.

Inspiración del viaje

Homenaje a la hermana muerta

Por *Jorge Luis MORALES*
(*Envío del autor*, en Puerto Rico)

No hay viaje que no inspire, pero ninguno como el viaje de la muerte. En ese viaje eterno está compendiada la poesía total; la que jamás cede ante la cólera del tiempo.

Cuando mi hermana murió —el Sábado de Gloria de 1951— me emocioné sobremanera. Su figura se trocó en perpetua voz que, aun cuando los días se hermanan con el olvido, jamás perecerá. Esa voz me habla constantemente como desafiando a los minutos y a las horas. Me ha dicho que la cante, aunque no ha necesidad de ello, porque ella misma se canta en la memoria de todos.

Maestra y poetisa inédita fué Julia. Todavía conservo algunos de sus poemas brotados del río luminoso de la emoción. Llenó a perfección todas las exigencias de la vida. La vida nos exige antes que nada la poesía del servicio. Así fué que ella desempeñó bellamente el noble ministerio de la enseñanza, sembrando dulcemente la plantita de la vida en el corazón de los niños que escucharon su voz. ¡Cuántos la recuerdan a diario con cariño inusitado! Los maestros jamás se olvidan.

Hoy, después de transcurridos dos años que se borró su presencia ante la mía y que sólo me queda su voz y su memoria, quiero despertarla ante los ojos de los que la hayan olvidado. A veces comprendo que no hay necesidad de ello porque no ha sido ella pasto de desmemoria.

He aquí la razón de este homenaje póstumo. Miradla, a través de estos poemas, alcanzar gloriosamente lo infinito. Ella va en alba flotación... y sonreída!

Quiero, además, que haya aquí arte puro. Todo homenaje que no sea bello, es nulo.

Jorge Luis MORALES.

Febrero de 1953.

*

ENVIO

Hoy te vengo a decir: espiga abierta
a la llama vibrátil y emotiva,
la canción que escribí siendo cautiva
tu azucena en prisión dura y desierta.

Hoy que abro al horizonte la ancha puerta
de mi pasión por ti, al ojo esquiva,
escúchame esta sangre convulsiva
dirigida a tu playa nunca incierta.

Ah, celestial mirada incomprendida,
recibe de tu hermano este tributo
nacido en la memoria que no olvida.

Lo llevará el silencio por la antena
secreta que amarita lo absoluto
con mi llanto perpetuo y con mi pena.

CUANDO TE VEA SUEÑO RETENIDO!

Cuando mi voz en el silencio abrace
tu voz creada en la naciente aurora;
cuando invada tu mano la alta hora
que en la nieve redonda se deshace.

Cuando la flor gobierne el mediodía
levantado en tu frente con aromas;
cuando un tropel de líricas palomas
se alimente de música y poesía.

Cuando la tarde al agua se nivele,
libertada de fuego y de sonido,
y el ángel rubio mi esperanza vele.

Cuando mi nombre salve del olvido
y en la pureza noble me revele:
cuando te vea sueño retenido.

ESCULTOR DE LA AURORA

El sol en mi dominio, enriquecido
por tu aroma, derrama su luz clara.
Quién negará algún día que yo amara
con tan dulce pasión tu desolvido?

Siempre te di mi canto sostenido
que en tiempo y en espacio fiel me ampara;
este canto que en fuego tierno aclara
la senda por que voy estremecido.

A conocer tu sonrisa reluciente,
peregrina en la firme voz innombre,
y nunca del cristal que sigo ausente.

Para en ella abrasarme y en la hora
que te otorga la gracia del renombre
esculturar con mi emoción la aurora.

COMPRENSION DE AHORA

Ahora es que comprendo la costumbre
de ayer, cuando mirabas lo distante.
Buscando, acaso tu mansión radiante?
Queriendo aprisionar la tenue lumbre?

Cuajado al fin, tu sueño dulce alumbre
la flor, el lirio, el pájaro jadeante,
el rocío y la brisa caminante;
el hondo valle, la rocosa cumbre.

Y que se vea convertido en ansia
invasora total de lo infinito,
oh luminosa prora de fragancia!

Yo lo veré en el tiempo que avecina.
Mi sangre juvenil a ti remito
por el viento y el agua cristalina!

PROPOSITO FINAL

Cuando me vaya juntaré a tu mano
esta mano de sombras derivada,
en búsqueda de nombre y de mirada,
de infinito, de tierno y dulce arcano.

Que en mi deseo de romper lo humano
mi jornada
y abrazaré tu sangre cautivada
en la cárcel del tiempo deshumano.

Junto a la estrella te diré mi canto,
de fina transparencia fabricado
y ungido con la luz de mi quebranto.

Y brotará en tu boca la sonrisa
que al hermano, a tu ausencia condenado,
revive en el amor y lo eterniza.

DE LA SOMBRA A LA LUZ

Cuando naciste un signo se trazaba
de lenta muerte en tu mirada oscura.
Qué procesión de grave desventura
al iniciar tu ruta se anunciaba!

El sol casi eclipsado balanceaba
su madera de luz en la locura
de la tarde espaciada en la amargura
que en fuego interminable se agitaba.

Pero, inocentemente conducida
hacia la lumbre que hoy te ha proclamado
recorrías el agua sonreída.

Y al fin lograste el horizonte amado
por el tiempo de llama sorprendida
y empujándote el aire constelado.

NITIDA IMAGEN

Ves el fino crepúsculo forjado
en la roja melena del poniente?
Oyela improvisando tiernamente
la canción del amor inesperado.

Su labio mira de rubí cuajado
en el triunfo del agua transparente.
Sugiere, acaso, una figura ausente
o un astro del olvido rescatado?

En perfección el aire la dòmina
y la eleva a su sitio como fruta
que de la madurez plena disfruta.

Qué nítida su imagen! Ya divina
tallada en albo teimpo! La frontera
cedió al acento de la primavera.

LATIR ENAMORADO

Mirando al infinito se recrea
la imagen de la hermana, conmovida
en el aire de nube sin herida
que en el tiempo de mí se balancea.

En su cenit la roja sangre albea.
Mírala cómo flota contenida
en su agua de lámpara encendida,
sin eco o turbación de nula idea.

Eternidad ya hecha y tan segura
de sí misma y en ella ensimismada,
límites ignorando de ternura.

Ah, si la espuma blanca se ha fugado!
Qué fiesta de rocío; qué alborada;
qué latir de la sangre enamorado!

INSPIRACION DEL VIAJE

Tu ansia de terrestre movimiento,
con tu ver agitado de las cosas,
no gozó plenitud. Las presurosas
Moiras aniquilaron tu ardimiento.

Sí en el bajo, no en el alto alumbramiento
donde al presente sonreída posas,
ejemplo dando en voces jubilosas
que creas tenazmente por el viento.

Hija de lo celeste y lo invisible,
ayer hija de madre y padre en tierra,
entradora gozosa en lo imposible.

Pulsa en tu cielo la temblante lira
—riente sueño, original encierra—
que tu celeste travesía inspira.

CREACION DE TU NOMBRE

Disparado mi canto hacia el futuro
más allá de la fruta del poniente!
Qué precioso perfil le da el relente!
Ves el misterio? Al fin me transfiguro.

La memoria de ti —tan fina— apuro
en la copa del tiempo reluciente;
y es que me estás mirando estremeciente
por la ventana de tu mundo puro.

Dame la voz que rige tu carrera
y tiéndeme la mano temblorosa
para alcanzar contigo la ribera.

Donde el ángel tu hermano se extasía
escribiendo en el alma de la rosa
para crear tu nombre en la poesía.

México y el centenario de José Martí

Colaboración de *Andrés IDUARTE*

Está ya a la vista, se toca ya con la mano, el día en que se cumple un siglo del nacimiento, en La Habana, de José Martí. Allí nació uno de los más grandes hijos de América y el más mexicano de los cubanos ilustres el día 28 de enero de 1853.

El acontecimiento es trascendental para todos los países del Continente y para todo el mundo hispánico, cuando menos.

Ninguno de los países de nuestro hemisferio es ajeno a su gloria: nació en Cuba; simbolizó la causa de la independencia de todas las Antillas; residió en México, en Guatemala y en Venezuela; tocó de paso Honduras y Costa Rica; pertenece más que nadie al gran arco tropical del Caribe; sirvió en cargos oficiales consulares a la Argentina, al Uruguay y al Paraguay; representó en Nueva York, en el orden político y cultural, a éstos y a los demás pueblos americanos; escribió en la prensa de todos ellos, hizo la defensa de todos en la de los Estados Unidos, estudió a sus pensadores y condenó a sus tiranos; fué hijo continental de todos y de cada uno de ellos, mucho más hijo que casi todos sus hijos provincianos, no menos hijo que los más generosos y abarcadores. En cuanto a los Estados Unidos, ningún otro hispanoamericano los ha conocido mejor, ni nadie ha cantado tan ardientemente sus grandezas, ni nadie ha señalado con igual lealtad y energía sus lacras, ni hay otro que como Martí pueda unir a la condición de hispanoamericano digno e independiente la de ciudadano de la urbe cosmopolita, la de neoyorquino pionero y esforzado.

En cuanto a España, está también presente en Martí, y en gran medida la representa. Hijo de un hombre del pueblo valenciano y de una mujer del pueblo de Islas Canarias, sus fuertes raíces populares están vivas durante toda su existencia, y a cada momento rebrotan de la tierra para unirlo a cuanto de rebelde y denodado tiene el pueblo español. Combatiente, desde niño, contra el dominio de España en Cuba, es un hijo de Mina el navarro y un antecesor y un padre de todos los españoles y los hispanoamericanos que en 1936 perecerían defendiendo Madrid contra la conspiración del vivac, de la alta jerarquía eclesiástica, del señoritismo españoles. Estudioso durante cinco años de su adolescencia en las Universidades de Madrid y de Zaragoza, espectador emocionado y participante en la lucha por la Primera República Española, condenador de la traición militar que la derrumbó, llevó para siempre en su espíritu y en sus letras la huella de sus maestros y de sus milicianos. Y en prosa española nadie ha escrito "el espléndido y encantador diorama" de los Estados Unidos, aquellas crónicas, "espesas inundaciones de tinta" como las llamaba Rubén Darío, que dieron a conocer lo mejor de las letras norteamericanas a lo mejor de España, según señaló, antes que otros muchos, Unamuno. Honró a la buena España de Santa Teresa —con quien tiene tantos contactos— combatiendo a la mala España de Calleja, de Weyler y de Franco. La línea de tiradores que le dió muerte en la manigua de Dos Ríos no fué para Martí más que un incidente español o hispanoamericano, y en la bala que lo mató —como dijo Juan Ramón Jiménez— no había una gota de la buena España. Sabedor de las contingencias de toda lucha humana, Martí supo ser "el peleador sin odio".

Todo esto, por sabido, debería callarse; pero ocurre que lo sabido puede ser olvidado y, cuando de obra de fundación social y de justicia se trata, merece ser recordado.

A principios de 1945, el que esto escribe hizo un recordatorio parecido: se acercaba entonces el 19 de mayo, cincuentenario de la caída de Martí en Oriente. Y cumplimos nosotros mismos con el llamado: *Cuadernos Americanos* publicó entonces *Martí escritor,* libro de buena fortuna en el que vinieron a juntarse o a converger todos los estudios que sobre el gran cubano habíamos hecho desde la juventud preparatoria de México, y en Cuba la Editorial Lex reunió en dos espesos tomos sus *Obras Completas,* y la Editorial Trópico aceleró la aparición de sus setenta volúmenes en octavo.

Lo que se hizo entonces fué digno de Martí; pero ahora debe y puede hacerse más. ¿Va a pasar inadvertido el centenario del nacimiento de José Martí? ¿Qué se proyecta en Cuba? Ya sabemos —porque en nuestra estancia reciente hablamos allí con muchos amigos— que son muchos los planes: una reunión continental, una edición crítica, una buena antología..., no sé cuántas cosas más. Pero no sería muestra de impaciencia decirles a nuestros amigos cubanos, desde estas líneas, que estamos ya en espera de sus órdenes para poner-

nos con ellos a la obra. Y agregar que más que inauguraciones, que mítines, que actos sociales, lo más trascendental y útil tiene que ser cuanto se refiera al estudio del pensador y del escritor José Martí.

¿Y en México? He pasado —acabo de pasar— muchos meses en mi país y no he tenido noticia de que ya se haya hecho algo en este capítulo, ni de que pronto se vaya a hacer. Es posible que ya esté el asunto en marcha, y que yo no lo sepa. A veces —y a mí me ocurre— sabe uno más de su patria cuando está en su mirador de Nueva York, leyendo la prensa mexicana, escribiendo para ella, que cuando anda uno en la vorágine, volando de Chiapas a Chihuahua, corriendo de México a Cuernavaca, comiendo en *Prendes* o tomando el buen merudo del *Merendero* de la Avenida Alvaro Obregón. De modo que, sin ansiedad de ninguna especie, ni con ganas de ganar ninguna partida, y con mil excusas por si llegamos tarde, lo que cabe es preguntar aquí a Francisco José de J. Núñez y Domínguez, a Juan Pérez Abreu, a Francisco Monterde, a Mauricio Magdaleno, a don Pedro de Alba, a Andrés Henestrosa, a José Angel Ceniceros, a Justino Fernández, a Manuel González Calzada, y a tantos más que han escrito buenas páginas sobre José Martí: ¿está ya en marcha la organización del homenaje de México? ¿Cómo podremos iniciarlo? ¿Qué deciden ellos y en qué podremos servir todos?... Este todos abarca a quienes han hecho estudios especiales sobre José Martí, pero también a quiense han dicho algo valioso sobre el hombre, como don Alfonso Reyes, don José Vasconcelos, José Luis Martínez, Agustín Yáñez, Manuel J. Sierra... Pero claro es que el mayor deber está en de quienes se han dedicado al trabajo martiano.

Conviene saber que en el Uruguay el Presidente de la República ha interesado un crédito de diez mil pesos como contribución al monumento de José Martí que se proyecto levantar en la neoyorquina Avenida de las Américas; que en la Argentina se está organizando el grupo "Amigos de José Martí"; que en Venezuela el concejal Arocha Moreno ha presentado una moción para que se rinda homenaje oficial a Martí en el centenario; que en Nueva York se ha formado un grupo parecido y tenemos varios pequeños programas en camino...

Ojalá pronto podamos dar cuenta, aquí mismo, de lo que oficialmente se hace en Cuba y en México. Por ser la Isla la cuna de Martí, y por ser México el país donde se formó el escritor y donde integró su doctrina política, son los dos pies de su gloria. Acaso exageremos, porque Guatemala y Venezuela —por mil razones de larga explicación— no son menos en ella.

Y ojalá podamos decir pronto lo que han hecho para este homenaje los españoles que viven su exilio en América. ¿No es ese el papel de la España Republicana? ¿No escribieron excelentes páginas sobre Martí don Miguel de Unamuno y don Fernando de los Ríos, y Federico de Onís y Juan Ramón Jiménez y Juan Larrea? De los que viven en México o en otros países libres se ha de esperar gruesa colaboración.

Esta invitación no se hace sin ignorar los escollos. Precisamente México y Cuba están en su período electoral. Es indudable que el homenaje oficial, y aun el extraoficial —porque toda nuestra vida cultural está condicionada por la política— se resentirá por esta circunstancia. Pero Gobierno y particulares tienen también la ineludible obligación de vencerla.

A quienes han escrito sobre Martí, a quienes han pensado en él, a quienes importan las libertades humanas, a quienes interesan nuestras letras, a quienes sienten lo que es un símbolo de acción y pureza en un mundo de postración y de infamia, va este llamado. No se trata de hacer fiestas ruidosas, ni de sacar los trajes de etiqueta que tanto despreciaba el mismo Martí, sino de mostrar que hay una América y una España populares que conocen su mensaje y tienen y tendrán mañana otros heraldos que lo pregonen.

Columbia University,
Nueva York.

El místico de la libertad

Por *Fedro GUILLEN*

(En *Rep. Amer.*)

"dicen que murió de frío
yo sé que murió de amor..."

Esperamos que alguna vez la medicina, un bello día, honre sus fastos con el diagnóstico inusitado: ¡Muerte por amor! Por que los cultivadores del jardín de las ciencias exactas suelen echar a perder la loable labor de los poetas. O como aquel escéptico Claudio Bernard que juraba —como quien redescubre el Mediterráneo— no haber encontrado el alma humana en los arriesgados caminos de su bisturí.

Pero, a pesar de todo, María García Granados, símbolo insustituíble de una dichosa edad guatemalense, sabemos que murió de amor. De amor platónico inspirado por el trashumante de ojos negros y palabra cálida, del trashumante que era poeta y más tarde sería héroe. Y si es verdad —como lo es— que a la salida del baño ella resultó enferma, y si era pálida y endeble como un junco, la auténtica causa de su muerte —la que cree el pueblo, voz de Dios — fué el inalcanzable amor por José Martí, amor de niña sensitiva que acaso adivinara algo dolorosamente hermoso para ella: que Martí de quien realmente estaba enamorado, era de la libertad.

Dejemos, pues, a los médicos inmersos en sus libros enormes y que siga volando la ilustre leyenda, esa leyenda que ha andado mundo ligando el nombre de Guatemala con José Martí por la hebra inconsútil de una historia en flor.

(Otro médico —Francisco Castillo Nájera— igualmente desalmado ante la belleza de estos mitos, ha roto lanzas demostrando que el pálido Manuel Acuña no se suicidó por el desamor de Rosario de la Peña, sino por males cuyos nombres nadie quiere saber. Lo que sí saben todos —máxime en temperaturas de adolescencia— son las estrofas del famoso Nocturno: pues bien yo necesito...)

Porque frente a la verdad insobornable de los hechos la historia, a veces, cierra complaciente los ojos, más cuando en el desliz andan metidas las alas del flamígero ángel de la poesía, señora del cielo y de la tierra.

El sentimental episodio de Guatemala nos acerca aún más con el patriota cubano. Nos lo humaniza. Porque nunca será el héroe frío que cabalga en bronce en alguna glorieta, o el austero patricio adormilado bajo empolvada corona de laurel en el claroscuro de recintos oficiales. No. A Martí, a los cien años de nacido lo sentimos vivo, febril en la prédica de su credo, agitando conciencias de punta a punta de nuestra América ¡alerta a sus tinieblas! dispuesto cualquier día a darnos la sorpresa de abordar otra vez la tribuna para llamar a cuentas a tiranos y colonistas extranjeros.

Hombre de ideas y de acción, una amorosa confluencia de virtudes engrandecen su destinlo. Era de los seres nacidos para crear belleza y libertad y desde muy joven, en busca de su signo, conoció honrosos grilletes. Por significar al intelectual metido sin reservas al orbe fragoroso de la política, recuerda a Sarmiento, y por su mística entrega a la causa de los hombres libres, a Francisco I. Madero.

Sus innumerables cartas, sus discursos, sus conversaciones, están tocadas por ese aire evangélico que lo envolvía. Basta contemplar fijamente la serena virilidad de su rostro para saber de los oros de su alma. Era de los que ennoblecen lo que tocan. De los que piensan y actúan, de los que igual emborronan un poema o sorprenden por su brillantez en la tertulia o imparten una cátedra de filosofía, o, a la hora suprema del sacrificio, saben quedar en el campo de batalla, con la cara al cielo, como todo soldado digno.

Americanista consumado veía a nuestros pueblos con sentido universal, soñando con la patria grande y no con miopía de molusco, pendiente de los sucesos de su concha. "Las perlas del río Guayato son iguales a las perlas del sur de Cuba; unas son las nieves del Tequendama y del Orizaba; uno mismo es el oro que corre por las aguas del río Bravo y del ventúroso Polochic".

Y esta otra advertencia, un poco triste, indudablemente cierta: "Para mí la patria nunca será triunfo, sino agonía y deber". Pinceladas como todas las de su ideario dichosamente románticas. ¿Acaso no fué él un gran romántico?, el último, tal vez, gran romántico de América.

Nueva Guatemala.
Mes del centenario de Martí.

Síntesis de mi Filosofía

Por *Rafael AREVALO MARTINEZ*
(En *Rep. Amer.*)

(De la obra inédita *Así vió el cosmos un hombre*).



Rafael Arévalo Martínez
(En 1947)

*

En síntesis mi filosofía es la de aquel que después de barrer del campo mental, en el que desea edificar su verdad, todo el fárrago de prejuicios, acumulados por el hombre en el transcurso de la historia, en el ya desnudo solar sólo puede poner estos ladrillos conceptuales:

1) Soy un animal, el de más alta jerarquía;

2) No sé cómo vino al hombre la razón ni qué es ésta ni entiendo la vida ni nunca podré conocer nada esencial; ni qué fué, es y será el hombre, ni qué fué, es y será el mundo en que actúa; a la pregunta ansiosa del hombre por el sentido del universo nunca ha contestado una revelación divina; nunca en la tierra se ha revelado una intención y un pensamiento más altos que la intención y el pensamiento humanos;

3) La razón, nuestro único instrumento para conocer, cuyo primer empleo fué defender la vida de la especie y que ha crecido tanto que intenta conocerse a sí misma y conocer el universo que la rodea, por una parte es tan alta que permite filosofar, por otra es tan falible, tan precaria y condicionada, que la mencionada ayuda a la vida del hombre no la da plenamente al individuo sino sólo a la sociedad; y sin embargo, aún así deficiente, por ella existe el universo, que si ella faltase moriría con ella; y por ella existe el individuo en su altísima forma de conciencia animal; no se puede separar de la emoción y en unión de ésta constituye el yo humano, tan vulnerable, tan aleatorio y contingente;

4) Están en lo cierto los filósofos que afirman que la llamada alma humana, o el yo, no es sino aquella apenas fija referencia de la memoria que da débil unidad a los estados de conciencia; lo que me parece natural, ya que es apenas una mente animal en elevado grado de desarrollo, pero, ay, muy deficiente aún; y de aquí que es explicable y disculpable todo error del hombre; éste hizo perdurable con la imprenta sus conocimientos que antes apenas recogía la tradición oral o escrita; desde entonces se creó algo así como el gran cerebro de la humanidad, del que cada individuo es una célula; la filosofía da unidad a los conocimientos especializados, en que forzosamente tuvo que dividirse el esfuerzo mental humano, por razón de su pequeñez; pero al filósofo siempre faltará el saber vocacional del astrónomo, del geólogo, del fisiólogo, del físico, del químico, del botánico... que acaso en una forma nueva podría dar sugestiones útiles al investigador de la verdad cósmica;

5) Así como tenemos por delante de nosotros la eternidad indivisible así también atrás de nosotros está la eternidad indivisible; este fruto de la eternidad, el hombre, es digno de ella; pero la eternidad no cuenta del todo para apreciarlo, si conjeturamos que los mundos, como los seres, nacen, viven y mueren;

6) En una mínima parte de su existencia los hombres mejor dotados filosofan, y durante el resto, de acuerdo con su naturaleza, luchan por la vida; los hombres peor dotados, en abrumadora mayoría, mueren sin preguntarse seriamente por el problema del universo; esto y la enseñanza, de generación en generación, de los adultos a los niños, de creencias recibidas y aceptadas sin discriminación y que después es casi imposible desechar, hace explicable que perduren fábulas legendarias, por pueriles y falsas que sean; la humanidad en su niñez, separada de nosotros por milenios, es la que aun adoctrina a los contemporáneos; Guyau habló de una "irreligión del porvenir" que acaso no llegue nunca para la humanidad;

7) La primera mentira que nos hace olvidar nuestro origen animal es que se nos envuelve en pañales al nacer; la segunda, que se nos hace convivir con seres espirituales y arrodillarnos ante ellos desde muy niños, y la última que se nos encierra en una caja de madera al morir; en el intermedio los productos de la industria humana, que aunque sean construídas en serie, pueden calificarse de obras de arte, ennoblecen pero desfiguran todos nuestros actos, desde el asimilar alimentos hasta el desechar residuos;

8) La mayor parte de los hombres, y entre ellos varios de los más grandes mueren en la minoría de edad de su razón, hasta tal punto que acaso uno de entre un millón la alcanza; no pueden desechar alguno o algunos de los errores y prejuicios que ha acumulado la humanidad desde el comienzo de su historia; digo esto después de releer a Spinoza, que me parece admirable; si creyese en Dios —que no sé si existe o no y no niego ni afirmo, porque no tengo elementos de juicio para negar ni para afirmar, sería panteísta como él;

9) El hombre desconoce que es una parte de la naturaleza y que ésta no puede ni no ser ni ser de manera distinta a como es; y por este desconocimiento habla de su imperfección, la de la naturaleza; cree en un propósito de la naturaleza y la naturaleza no tiene propósitos; cree que fué creada para servirle y que tal es su fin; y la naturaleza ni fué creada, ya que es eterna, ni tiene fines; por este engaño califica un olor de grato y perfumado o de hediondo y nauseabundo; y sólo para él y por él existen estas denominaciones, pues todo es materia en diferentes faces afectando a materia, siempre la misma, y que unas veces huele bien y otras mal a su calificador, que en su olfato tiene un guía específico para procurar o desechar las cosas; y lo mismo pasa con los otros sentidos y conduce a las disyunciones de bello o feo para la vista, armonioso o desacorde para el oído, dulce o amargo para el gusto, suave o áspero para el tacto, cuyos primeros términos califica de buenos o, en general, de bien, y cuyos segundos términos califica de malos o, en general, de *mal;* pero el bien y el mal sólo existen para el hombre; y desde luego, la felicidad de éste no es el objeto del universo, en cuyo seno todo es perfecto porque todo es necesario y está inexorablemente determinado; el dolor, motivo de todas las quejas y de todo el pesimismo humanos, es necesario y por lo tanto no puede motivar justamente la nota de mala para la vida; la vida es perfecta y no es ni buena ni mala; es, y lo mismo pasa con la moral: no hay ni virtud ni pecado;

10) El hombre es el único animal que sabe seguramente que va a morir, y con este conocimiento y ante el fracaso total e inexorable de todo el mundo histórico creado por él mismo, no tendría ni valor ni fuerzas para seguir viviendo si no hubiera acudido a la mentira de los credos religiosos que le ocultan la terrible verdad y lo engañan para que pueda subsistir —además de la mentira religiosa está la artística y la de una falsa filosofía—; poetas hebreos, con el nombre de profetas, crearon el cristianismo, poetas griegos, el paganismo y poetas de todos los pueblos las otras religiones;

11) El pesimismo humano, el de Schopenhauer, por ejemplo, ante este fracaso final es tan comprensible que yo comprendería el motivo aún del suicidio colectivo de la humanidad; en efecto, el universo entero perece y desaparece para todo individuo que se muere; y el perpetuarse en los hijos, que a su vez morirán en breve, no es un consuelo sino un dolor más, el más grande, el de los seres que uno ama;

12) El pesimismo es comprensible; pero no razonable ni justificable; yo no soy pesimista; a la vida no cabe adjetivarla; y yo la amo y la reverencio;

13) La vida, como una tendera exacta e inexorable, que sólo tiene una mercadería, el placer, y sólo admite una moneda, el dolor, por cada centavo de placer que nos proporciona nos hace pagar un centavo de dolor; y así, si nos vende placer por diez dólares, pagamos en dolor la misma cantidad; lo que quiere decir que a un paraíso de placer vendido corresponde un infierno de pago, y en cambio sí sólo tenemos pequeñas satisfacciones sólo tenemos pequeñas contrariedades; por lo que yo llamo "ley de compensaciones", que permite al hombre hablar de la justicia y equidad de la naturaleza y le prohibe la nota de crueldad para la misma, el griego aconseja la ataraxia;

14) Interesante es para el pensador conocer toda filosofía como ésta que estoy

(*Concluye en la pág. 95*)

Ante lo Incognoscible

(En *Rep. Amer.*)

Ya está el peregrino sentado su tesis, su magna tesis, su tesis doctoral. ¿Cuál es la tesis del peregrino? La vida, el Universo. El peregrino está sentado, por tanto, ante una montaña ingente. La más alta montaña que cabe concebir. ¿Cómo escalará el humilde caminante esa montaña? ¿Cómo afrontará el sencillo discípulo de la vida la tesis doctoral de la Vida? ¿Y cómo podrá el peregrino escalar el formidable murallón si permanece ante él? ¿Dónde están los preparativos; dónde está la estrategia necesaria para rendir el portentoso y misterioso reducto?

Sentado permanece el peregrino. Sentado y apacible, como si estuviera ante el jardín de su casa. No se advierte en él la actitud guerrera necesaria para rendir el coloso. Por el contrario su actitud es contemplativa y extática. ¿En qué consiste entonces la estrategia militar de este caminante?

Pasan los minutos, pasan las horas y el estratega no se mueve y su actitud permanece serena y extática, como si más que cañones, quisiera levantar ante el coloso un límpido espejo que reflejara su torso gigante. ¿Será el peregrino tan osado, tan iluso, que pretendiera que, en vez de caminar él hacia la montaña, la montaña viniera hasta él? ¿Cómo se explica esa actitud confiada, inerme, que más de conquista, parece de entregamiento? ¿Creerá él que la difícil tesis de torvo ceño vendrá también en actitud de entrega a sentarse muellemente sobre la ansiedad de su corazón?

¡Ah, la vida! ¿Cómo podríamos penetrar en semejante fortaleza? ¿Cómo podríamos abrirla, desgranarla, como se abre una granada del huerto, ver sus piezas, su mecanismo, su misterio, su esencia? El peregrino, sentado, sonríe. ¿Es acaso que pretende rendir la plaza con su simple enamoramiento de caminante, con su emoción de contemplativo? ¿Desiste, quizás, de su empeño?

La mirada inquisitiva, ansiosa, tendida sobre el cuadro prodigioos indica que el caminante no desiste. Como una escarpia esa mirada ansiosa y ardiente pugna por entrar en el meollo de la vida. Es por el amor ardoroso del filósofo humilde y contemplativo que la magna tesis entregará un día sus tesoros al hombre. Sólo por el amor será posible subir a la montaña de lo Incognoscible. Pero la montaña de lo Incognoscible nunca se entregará por completo a los estrategas de la contemplación emocionada. Eternamente permanecerá la cumbre de lo Incognoscible luciendo ante los hombres su misterio. Si lo Incognoscible se nos entrega nuestra vida perdería su mayor riqueza, su sentido profundo. Es por lo Incognoscible que los hombres quisieran ser dioses. Es por la ansiedad del corazón que los hombres quisieran escalar el cielo.

El caminante siente el estremecimiento del gozo de lo Inconoscible y por eso, en vez de enfilar cañones sobre la montaña, quiere sólo alzarse como un límpido espejo que refleje el lineamiento portentoso del gigante. Limpidez de espejo, limpidez de la conciencia psíquica, limpidez del alma y de los brazos tendidos hacia la perspectiva insondable del Universo. El hombre es el espejo en que el Universo se refleja. Y al reflejar el Universo el hombre lo hace suyo. Y al hacerlo suyo lo adentra en su alma y lo cubre con su amor.

La montaña de lo Incognoscible es un coloso. Pero el hombre también es un coloso desde el punto de vista metafísico.

Luis VILLARONGA.

San Juan. Puerto Rico.

Quince minutos

Por *Victor* ALBA

(En *Rep. Amer.*)

Ya debe de ser la media.

¿Qué acabo de soñar?... ¡Ah, sí! Un reloj de porcelana con cuatro agujas... ¿Eran cuatro? ¿Para qué tantas agujas? Bueno, saber si es la media... Por el color de la luz lo sabría pero se está demasiado bien, demasiado tibio, para sacar la nariz fuera del embozo...

Ahora vendrá Ana y me dirá "¡Ya es la hora!..." ¿Cómo puede levantarse tan temprano, sin que nadie la despierte?... A ver, a lo mejor aún está aquí... No, la sábana está helada en su lado.

Toma, si ahora la hubiese encontrado, acaso la despierto... Pero cualquiera se mueve con el frío que debe de estar el aire. Es curioso. Nadie sabe nunca lo que hará un momento antes de hacerlo. Si Ana estuviese aquí a mi lado, quizás... y en cambio puedo llamarla y no la llamo.

Sí, sí, ya es la media pasada... El vigilante que pasa con sus golpes de bastón. ¡Qué tío más cachazudo! Es capaz de sacar de tino a...

¡Ya está! Ahora Ana ha abierto la puerta. Debe tener las manos mojadas, como siempre.

—¡Esteban, ya es la hora!... ¡Ala, que pasa de la media!

Si sólo la oyera por la mañana, acabaría odiándola.

—Sí, sí... ya va, ya...

¿Por qué no se va?

Ahora se debe secar las manos y prepararme la ropa.

Y esos camiones... En el centro no los dejan circular tan de mañana, pero aquí... ¿A qué me quejo si ya estoy despierto? ¿Estoy despierto? ¿cómo lo sé? Recuerdo el sueño, mas ¿no podría soñar qué he soñado? ¿Qué sabe uno de cuándo sueña o está en vela? Ana me acaba de llamar... ¿acaso he soñado eso? Puede ser... cada día te llama ¿qué tendría de extraño que una noche lo soñara? ¡Oh, si ahora fueran las dos o las tres y todavía quedaran unas horas para dormir!

¿Dormiría?

A lo mejor acaba de despertarme ahora y hasta este momento he soñado. A ver, estiraré el pie y veré si está Ana... No, la sábana fría y nada más....

Es indecente que no pueda encontrar a Ana cuando lo deseo. La fábrica acaba metiéndose hasta en la vida privada. A las seis tienes que marcar tu reloj y tu mujer te ha de despertar media hora antes y tenerte preparada la ropa, el desayuno, la fiambrera que te llevarás, y si al abrir el ojo tienes ganas de decirle algo, de sentir su aliento que se desliza por la almohada, de hacerle cosquillas en el pie, pues fastídiate, porque ella está ya trasteando desde que apuntó el alba y tú tienes que levantarte dentro de un momento...

Si pudiera decir todo esto en los mitines... Pero si mandáramos nosotros, en la fábrica, también sería preciso entrar a la hora. Claro que entonces iríamos más a gusto... sí, algunos... y aun sólo los primeros tiempos. Habrá que hablar de eso, discutirlo para ver cómo se compagina una cosa con otra. Porque hay que dar un poco de derecho a tener caprichos...

Todavía no he abierto los ojos.

Realmente, estoy dormido... Y qué delicioso es sentirse dormir... Cada mañana hago igual, desde crío, y aun no le he perdido el gusto.

Si se aprueban esas nuevas bases, entonces Ana podrá quedarse todo el día en casa y... ya es hora, después de cuatro años... entonces vamos a tener un crío... pero que no llore de madrugada... un crío con mordaza...

Me gustaría ver ahora el cabello castaño de Ana sobre la almohada, como una funda para su cabeza. Y sus labios gruesos, casi hinchados.

Sí, cuando se resuelvan esas bases nuevas, un niño... Se pasará nueve meses... sí, como yo ahora. Esos momentos bajo las mantas deben de ser como cuando estaba en el vientre de la madre... Y voy a condenar a alguien a salir para siempre al frío...

Ruido... de pasos... la puerta se abre... como un grillo... Ana... Ana... Ana... ¡La odiaré... si me despierta! Ana... Ana...

—¡Esteban, que vas a llegar tarde!... ¿Te has vuelto a dormir? ¡Esteban!

¡Esta voz! ¡Parece una corneta!

—Sí... sí... voy...

¿Qué soñaba? Algo debo haber soñado, porque estoy sudando... Y sólo un segundo... recuerdo que he pensado que Ana abría la puerta... Alguna pesadilla había sido... Es curioso, uno no se da cuenta de que vive hasta que las cosas van mal por la parte de dentro... No me acordaría siquiera de que tengo corazón y sangre si ahora no sintiese el paf-paf del pulso contra la amohada... parece que resuene en toda la cabeza... uno... dos... tres... cuatro... cinco...

...cuarenta y tres... cuarenta y cuatro... cuarenta y cinco...

...cuarenta y ocho... cuarenta y nueve... sesenta.

No, no puede ser que eso sea un minuto... pero, pasa tan de prisa el tiempo, cuando no se piensa... Eso es lo malo del trabajo, que no se piensa y las ocho horas transcurren volando y luego ya no se pueden alcanzar... ocho horas perdidas... una plancha alisada, sin ni una abolladura en la cual tropiecen los dedos... ocho horas perdidas.

Prefiero estar aquí, tumbado... no por pereza... pero sentirse dormir, saber que está uno fuera del mundo, saberlo, es una delicia. Ese tiempo no está perdido... ca-

da mañana es igual, pero cada mañana me pasan cosas distintas por la cabeza, y los ruidos de la calle tienen tonos distintos y el olor a arenques fritos y el crepitar del aceite es distinto cada mañana...

Si, por lo menos, a alguien se le ocurriese tener algún aparato de radio para arreglar. ¡Eso sí que es trabajo!...

Pero ¡ca! las radios las traen por la noche y, entonces, en vez de ir al cine o de quedarme charlando, he de ponerme a desmontar aparatos y ¡a buscar la avería y a ingeniarme para arreglarla... Eso sí que es trabajo... trabajo de verdad... y no el estar todo el día con la maza en la mano fijándote en dónde hay una maldita abolladura y poniendo tiento en no picarte los dedos, en no dar un golpe demasiado flojo o demasiado fuerte... cada abolladura es distinta... y todas resultan iguales... No puedes distraerte, no puedes pensar, y en cambio, dar golpes y palpar la plancha de hierro no son cosas muy distraídas... cada minuto es igual al de antes, al de después, al de luego,.. las ocho horas pasan como un solo minuto y no dejan nada tras de sí... Una plancha a medio alisar, que mañana habrá que continuar alisando...

¡Qué olor a aceite hirviente!... Me agradaría ver a Ana en la cocina... Casi nunca la he visto. Cuando llego, ya está todo en la mesa. Un día he de sorprenderla con un abrazo ante los fogones... ¡A lo mejor se enfada! Con qué seriedad se toma las cosas de casa.

Ya debe ser hora de levantarse... Media vuelta para calentarme el otro lado de la cara y luego un salto y a lavarme... No, mejor. no moverme, crujirá el sommier, crujiré yo... Esa tibieza... sí, eso no es un tibieza y las sábanas se pegan a uno al lecho, sino una cama, algo femenino... esa cuerpo como si fueran brazos... ¡Bah, voy a resultar poeta! ¿Por qué no? A lo mejor, de haber estudiado...

Si trajeran un radio... dormiría un rato y luego la desmontaría en el comedor y a medio día vería cómo Ana llega con el cesto de la compra y cómo prepara la comida. Las bobinas, las lámparas... ¡eso es trabajo! Uno lo hace a gusto y piensa en lo que hace... Los pintores cuando hacen un cuadro, deben trabajar así y pensar en lo que resultará de cada pincelada... Definitivamente, hoy estás poético.

Habrá que levantarse... No hay más remedio... Quisiera ser rico para poder estarme media hora así todas las mañanas... Treinta minutos de estar a solas en el mundo. Y si es pereza... ¡bueno! pues que lo sea. ¿Y a mí qué? Durante el día uno vive... pero ahora *sé* que vivo... Sí, eso es falvana...

—¡Esteban!

Debe haber abierto la puerta porque ha entrado un aliento de aceite. Es menester levantarse... no hay más remedio... Si eso no es un remedio... en todo caso es peor que la enfermedad... ¿Qué camisa debe haberme preparado? La de rayas verdes...

—¡Uy! qué manos más frías... ¡Ya va, ya...!

Si no fuera Ana, acabaría odiándola. Pero ella está demasiado llena de recuerdos...

—No, no te levantes... Han traído una radio... Ese amigo tuyo que nunca se quita la gorra... no recuerdo cómo se llama...

—¿Ribas?

¿Qué importa el nombre? Una radio.... Una mañana mía... de los dos...

—Ha dicho que avisará en la fábrica que estás enfermo... Puedes dormir un rato más... La radio es de un vecino suyo, ¿sabes?

¿Dormir? ¡Cualquiera duerme ahora!

¡Pfff! Ese frío resucitaría a un muerto... ¡Qué sol! Parece que esté respirando oro...

¡Es un asco! Esos podridos me han viciado a levantarme temprano. ¡No tienen perdón!

Se oye el clamor...

CASLT3-22
Caracas junio 24, 1953.
LT García Monge.
Repertorio Americano. San José CR.

Apelo Maestro *Repertorio Americano* interceda por Alfredo Palacios, Nicolás Repetto. Cordialmente, *Guillermo Korn*. Hotel Pinar. Caracas.

*

San José, Costa Rica, 25 junio, 1953.

Sr. Gral. Juan Perón
Casa de la Presidencia.
Bs. Aires. Rep. Argentina.

Sr. Presidente: Como conciudadanos en Sur América, y como editor durante 33 años del *Repertorio Americano*, le ruego reconsidere el caso deplorable del Dr. Alfredo L. Palacios, del Dr. Nicolás Repetto, de mi amigo Roberto F. Giusti, de la muy estimada escritora Victoria Ocampo, del insigne filósofo Francisco Romero, y de otros valores continentales, y les conceda la libertad que han perdido.

Hágalo por el buen nombre de la Rep. Argentina —la matria del SARMIENTO de todos— y por el de nuestra América.

De Ud. atto. y s.s.,

J. García Monge.

*

Los escritores americanos que asistieron al Congreso de Escritores Martianos, celebrado hace unos días en La Habana, dirigieron al presidente Eisenhower la siguiente comunicación en favor de la libertad del patriota portorriqueño, doctor Pedro Albizu Campos y de cerca de otros 200 nacionalistas, hombres y mujeres presos desde hace más de dos años:

"Los escritores de América que suscriben, reunidos en La Habana, con motivo de la celebración del Centenario de José Martí, Apóstol de la Independencia de Las Antillas, respetuosamente solicitan de S. E. una completa amnistía para todos los miembros encarcelados desde hace más de dos años, en prisiones de la isla y de Estados Unidos, los perseguidos y los exilados del Movimiento Nacionalista de Puerto Rico, debido a la lucha por la independencia de su patria, y entre los cuales se encuentra su director doctor Pedro Albizu Campos, cuyo estado de salud, bajo el régimen carcelario a que es sometido, significa su muerte a muy breve plazo.

"Respetuosamente, firman:

"De Argentina, Gaspar Mortillero, Dardo Cúneo, R. E. Montes Bradley; de Uruguay: Carlos Sabat Ercasty, Ofelia Machado Bonet, Atilio Giacosa Bertoli; de México: Raúl Cordero Amador, Mauricio Magdaleno, José Vasconcelos, Salvador Azuela; de Guatemala: Juan José Orozco Posadas, David Vela, Manuel Galich, Marco Antonio Villamar, Alberto Velázquez, Enrique Chaluleu Gálvez; de Costa Rica: Isberto Montenegro, Rosalía de Segura; de Honduras: Ernesto Alvarado García; de Paraguay: Justo Pastor Benítez; de Nicaragua: Miguel Gutiérrez Corrales; de Cuba, Gonzalo Chirino Rangel, Rafael Argilagos, Manuel I. Mesa Rodríguez, Lilia Castro, Emilio Roig de Leuchsenring; de Haití; Joubert Dougé; del Ecuador: Augusto Arias".

(*Excelsior*. La Habana, 3-III-53).

*

La edición uruguaya de *La Vanguardia*, que se publica en Montevideo después del incendio de su edificio en Buenos Aires, denuncia las condiciones en que continúan encarcelados Alfredo L. Palacios y Nicolás Repetto, bajo el régimen peronista. Ambos permanecen en celdas individuales, rigurosamente incomunicados, con la prohibición absoluta de leer o escribir, y sin que se conozca de qué se les acusa. Nicolás Repetto, médico, de 82 años, es autor de una veintena de libros acerca de cooperativismo y legislación obrera, ha sido diputado nacional por el Partido Socialista. Alfredo Palacios, de setenta y dos años, fué en 1904 el primer diputado socialista de América. Es autor de las más importantes leyes de protección al trabajador y a la mujer sancionadas en la Argentina, ex-decano de la Facultad de Derecho, ex-rector de la Universidad de La Plata, escritor e historiador, su último libro *Echeverría, albacea del pensamiento de Mayo*, ha sido consagrado por la Sociedad Argentina de Escritores.

Por su actuación en el movimiento continental de la Reforma Universitaria se le adjudicó el título simbólico de "Maestro de la Juventud Hispanoamericana".

(*El Nacional*.
Caracas 27, junio, 1953).

Carta a una Sombra

Colaboración de *Alfonso REYES*

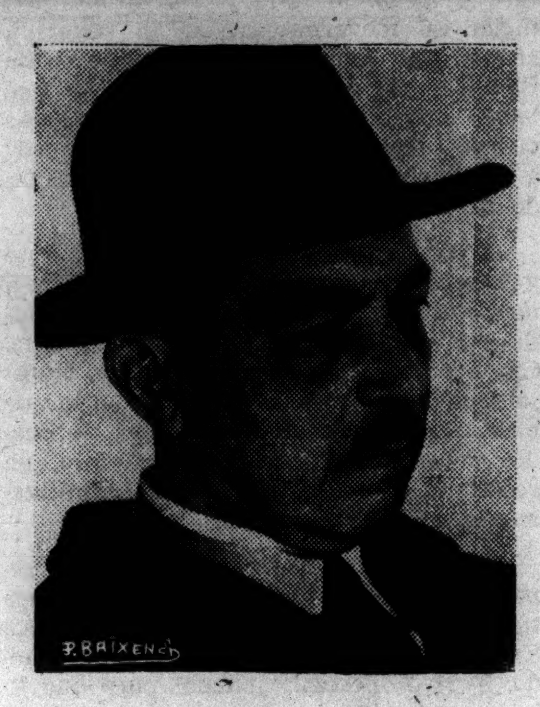
Mi inolvidable Pedro Henríquez Ureña:

A ti que pasaste en la Argentina tus últimos años y allá fuiste a morir, tras de marcar en México la imborrable huella de tu paso, a ti quiero dirigir mis quejas, yo que también fuí, durante algún tiempo y en dos diferentes ocasiones, vecino de las riberas del Plata, donde tuve la suerte y la honra de representar a mi país, de conocer de cerca a aquel pueblo generoso y soberbio, de amistarme para siempre con sus escritores, sus poetas y sus artistas.

Llegan de Buenos Aires muy tristes noticias. Varios mexicanos eminentes acaban de hacer circular un manifiesto en que protestan contra los incendios insidiosos de bibliotecas y galerías de arte, contra las cortapisas a la cátedra, al libro, a la prensa, a la libertad del pensamiento en todas sus formas, y —¿será posible?— delatan la prisión de altos y respetables representantes de nuestra cultura continental. Entre ellos se cita a Palacios, el mosquetero romántico de la política argentina, cuya honradez y probidad son harto conocidas; a Roberto Giusti, en quien la bondad y la inteligencia se confunden por tal manera que a ti mismo —tan dotado de ambas virtudes— solía sorprenderte; a Fatone, a Gollán, a Solari, a Aguirre Cámara, y a otros más que no cito por no alargarme, sin que por eso olvide sus títulos y sus prendas; y, finalmente, a Francisco Romero el filósofo, una de las más claras luminarias de la mente hispanoamericana y sin duda uno de los hombres más puros.

¡Nuestro hermano Francisco Romero! ¿Lo recuerdas, Pedro? ¿Recuerdas las largas y gustosas veladas de apacible trabajo, por 1936, de que salieron esas notas que he incorporado entre las publicaciones de mi *Archivo* bajo el título de "La Constelación Americana"? Este cabal representante de la normalidad filosófica se ha definido a sí mismo cuando, contra los que abren tienda para suministrar la verdad en inyecciones y pretenden vender sus apresuradas profecías de "merolicos", decía sobriamente: "No hay otra revelación (en filosofía) que la que integran veinticinco siglos de indagación en torno a un puñado de temas capitales". Y, en estos meses pasados, acaba de publicar un libro, *Teoría del Hombre*, que está llamado a perdurar. A él le decía yo en cierta carta sobre "el sentido de América" (*Ultima Tule*, pág. 25 y siguientes): "Los que siguen concibiendo a América como un posible teatro de mejores experiencias humanas son nuestros amigos. Los que nos niegan esta esperanza son los enemigos de América".

Si aún vivieras entre nosotros, Sombra de mis desvelos, no serías feliz. Tú viste el



Pedro Henríquez Ureña

(Fotografía de *Grete Stern*)

*

comienzo del mal que nos aflige, pero acaso moriste en la creencia de que ese mal iba a remediarse. Al contrario, el mal ha asumido formas cada día más sutiles y, en cierto modo, la virulencia de esos gérmenes filtrables que ya no es fácil detener. No sé qué general nazi dijo por ahí: —A pesar de todo, ya hemos triunfado.

Y así es. Se planteó la lucha del individuo contra el Estado (para recordar las palabras del olvidado Spencer). Se echó sobre cada uno de nosotros el Leviatán de Hobbes, revestido de uno u otro disfraz.

*



Victoria Ocampo

Y al modo como es fuerza armarse si queremos prevenir la guerra (a menos que todos nos desarmemos a un tiempo), así también las mismas democracias adoptaron a veces los métodos de la tiranía estatal para defendernos de ella. No sé si hallaremos la salida a este círculo vicioso, verdadero laberinto cretense, como no sea por extremo de dolor y fatiga, dentro de algunos lustros, o por alguna explosión mística de un nuevo orden o sentido, explosión mística que las bases religiosas actuales ni siquiera dejan prever, si es que antes la nueva física aplicada a la guerra no destruye el planeta.

Entre tanto, el pensamiento padece. Se cumple la profecía de Renan, a propósito de la libertad histórica, expuesta en el prólogo de su *Historia del pueblo de Israel*. Apresurémonos —venía a decir Renan— a disfrutar de esta hora de libertad. Esta libertad es una flor demasiado aristocrática y delicada; no puede durar mucho. Sin duda en alguna parte del mundo se organiza ya la nueva barbarie, que ha de acabar otra vez con la facultad de opinión y de expresión.

Es verdad que hasta hoy México ha venido siendo un refugio de las libertades individuales. Pero, pese a la actitud de los gobernantes mexicanos, reiterada durante varios lustros, ¿cuánto tiempo durará este milagro? Por todas partes nos asaltan malos ejemplos, y ya se sabe hasta qué punto los malos ejemplos son contagiosos. También la Argentina se enorgullecía ayer de la Ley Sáenz Peña. También tu ciudad natal se llamó antes Santo Domingo. Y si México se nos apaga un día, ¿qué nos queda? Sólo la "emigración vertical", como decía uno de los refugiados españoles en nuestro país.

Defender los fueros de la libertad del pensamiento es, pues, defender nuestro porvenir y defender uno de los fundamentales principios conquistados por la civilización, no es, en modo alguno, inmiscuirse en la política ajena.

Te abrazo con el cariño de antaño, aunque te me escapes de entre los brazos, como a Odiseo el espectro de su madre.

P. S.—Al firmar esta carta, llegan todavía nuevas y lamentables informaciones: también Victoria Ocampo y Susana Larguía han sido aprisionadas. El solo nombre de Victoria Ocampo basta para decirlo todo: yo no encuentro palabras...

Alfonso REYES.

México, D. F. 1953.

¿A dónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos ...¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dió Bolívar a las ideas madres de América! ¿A dónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres, para que defiendan de la nueva codicia y del terco espíritu viejo la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fué aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano. ¿A dónde irá Bolívar?...

José MARTI.

(*Obras Completas*. Vol. II. Edit. Lex. La Habana, Cuba. 1946).



"¿A dónde irá Bolívar?..."
(Dibujo de *Alberto Araujo*)

Así opinamos

Carta del Prof. William Entwistle a don Salvador de Madariaga

(En *Rep. Amer.*)

(Envío del Gerente de la Editorial *Hermes*, S. A., México, D. F.)

*

Al volver de Escocia, fuí a la Biblioteca para sacar bastantes libros para leer en las vacaciones, y me encontré con su *Bolívar*, ofrecido por usted con generosidad característica a la Biblioteca de la Cátedra. Hubiera escrito en seguida, pero me fascinó demasiado su lectura, y no he podido interrumpirla desde Angostura hasta Ayacucho. Es sin duda su obra de más brillantez y quizá de más exactitud. Quiero decir que su BOLIVAR *vive*. Es el primer Bolívar que he visto como figura dotada de unidad, compuesta de héroe y de pícaro, prisionero de su época, su pasado y sus prejuicios, y sin embargo, eminentemente capaz de dominarlos para alcanzar un alto nivel de lucidez. Tal como usted lo pinta, su incompetencia en economía y su creciente petulancia en administración no son contraste sino parte de su genio para la improvisación militar y de su clarividencia política.

Los cuatro tomos (Colón, Cortés, Cuadro Histórico, Bolívar) lo elevan a usted a un lugar de primera fila entre los historiadores de América, según creo; y hasta diría que ha escrito usted una de las grandes historias, pero eso no se decidirá hasta que usted y yo hayamos pasado. O mucho me equivoco o el libro posee la cualidad de constituir testimonio por derecho propio, como Tucidides, Tácito o Gibbon, independientemente de cualesquiera cambios ulteriores de criterio.

* *

El *Bolívar* de Salvador de Madariaga representa la flor de una década de arduos estudios y de viajes por todo el continente suramericano. Su propio estudio y práctica de los asuntos internacionales le ha permitido delinear grandes situaciones, y su ingenio e inteligencia le han guiado a través de una manigua de documentos tendenciosos. Es la obra más grande del señor de Madariaga, a mi entender, y probablemente una de las historias más grandes que se hayan escrito.

Para justificarse ante sí misma y ante los demás una revolución ha menester de mito y sus héroes. El mito, por santo que sea en su intención, deforma el verdadero sendero de la historia; los héroes sustituyen con una imagen venerable a los falibles humanos. Mito y héroes se amalgaman en asociaciones nacionalistas, constituyendo una ortodoxia tenazmente defendida. En los Estados Unidos, sólo hubo una revolución; en Suramérica la revolución fué múltiple, dando lugar a ortodoxias múltiples y rivales.

Había que empezar, pues, por restablecer el sendero histórico. El mito sostenía que las naciones nuevas habían surgido en un vacío total de organización y de cultura. Como dice Bolívar: "Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre... América no solamente estaba privada de su libertad, más también de la tiranía activa y dominante" Mera simplificación en apoyo de la insurrección; pero, así como los Estados Unidos se separaron *en parte a causa* de las ventajas que les otorgaba el régimen inglés de libertad colonial, así también los criollos americanos exigían su gobierno nacional como la culminación de sus derechos locales y de su acceso internacional al pensamiento. Graves defectos tenía el sistema colonial español, pero no las injusticias y la tiranía que el mito le atribuye. El señor de Madariaga había llevado a cabo en su *Cuadro Histórico de las Indias* la labor de eliminar estos errores.

Ya sentado este punto, quedaba la tarea compleja de justipreciar el temperamento intricado y variado del Libertador. El curso de los acontecimientos estaba ya dilucidado, no quedando más misterio que los temas tratados con San Martín en la entrevista de Guayaquil. Y aun esto, cabía reconstruirlo a partir de notas redactadas entonces. La entrevista, que termina en la derrota diplomática de San Martín, puso en conflicto directo a dos ídolos nacionales, y se ha oscurecido deliberadamente con argumentos tendenciosos a fin de servir posteriores causas nacionales. Dejando aparte tales detalles, la carrera de Bolívar es de tan claro perfil como asombroso alcance. Con fuerzas que rara vez excedían un puñado de hombres sin paga, sin ropa, sin víveres y en gran parte sin lealtad política, Bolívar atravesó las marismas del Orinoco, escaló los Andes, se estremeció de frío en altiplanos a doble altura que el Ben Nevos (*) y descargó golpes de relámpago sobre las fuerzas españolas precisamente en el momento más indicado y con la última onza de energía. Mientras marchaba y combatía, Bolívar laboraba sin cesar para que los dominios libertados lograran plena vida propia, apoyándose en instituciones congresionales rodeadas de intrincadas garantías contra la turbulencia popular. En lo político, fracasó casi por completo; pero en su fracaso dejó un rico depósito de máximas y consideraciones políticas que todo el que aspira a pensar en términos de unidad de propósito para América tendrá que tener en cuenta.

Lo más arduo no es el relato de los hechos, sino el de los designios del Libertador. No era, como San Martín, un mero soldado; es más, sólo la necesidad le llevó a serlo. Bolívar es un ser en lucha consigo mismo; aristócrata popular, libertario con prurito de autocracia, imitador de Napo-

(*) La cumbre más alta de la Gran Bretaña.

león a quien aborrecía, ávido de poder y fama pero siempre renunciando sus cargos, paladín blanco de una raza mixta que no entiende y de la que no se fía, generoso sin límites y celoso sin descanso, sincero en su propósito esencial y tortuoso en sus medios. Sus cartas, proclamas y discursos y la confianza que otorgó a extraños, aumentan la dificultad de sondear su ánimo. Sus palabras son parte de su acción, orientadas hacia un efecto persuasivo inmediato. Las seguridades que da a uno quedan refutadas por las seguridades contrarias que da a otro, o por la franqueza devastadora de algunas de sus revelaciones de estricta intimidad. Da instrucciones a sus representantes para que adopten medidas mañosas. Y sin embargo, su carrera es tan recta como una flecha, tanto en la asombrosa ascensión como en su fin lamentable. Para dar con el sentido de las palabras de Bolívar para referidas con sólo a ventajas inmediatas sino a designios permanentes, se requieren dotes excepcionales de experiencia política en el historiador, como las posee en grado casi único don Salvador de Madariaga, que por haber tenido que hacer frente a palabrería tendenciosa muy semejante en la política internacional de nuestros días, es ducho en descontar lo que se dice por mero efectismo. Pero lo que es aún mucho más difícil, el señor de Madariaga es capaz de discernir la seriedad fundamental de asertos superficialmente inconstantes, cínicos o improvisados. A las palabras de Bolívar, les concede precisamente esta atención respetuosa, sabia y clarividente, y a partir de ellas ha erigido un temperamento real y humanamente heroico como la causa determinante del éxito de las guerras de Liberación.

William ENTWISTLE
Profesor de Estudios Hispánicos en la Universidad de Oxford

×

Un Bolívar de carne y hueso

Por *José PLA CARCELES*

(Envío del autor)

Llevo ya muchos ratos enfrascado, con provechoso deleite no exento de pena, en la lectura del agotador análisis que Salvador de Madariaga acaba de dar a luz sobre la vida de Simón Bolívar. No se leen de una sentada estos dos volúmenes, impecablemente presentados por la Editorial Hermes de Méjico, con espacioso formato y clara tipografía que llenan casi 800 páginas cada uno y cuya redacción ha exigido —ella salta a la vista— varios años de rebusca por los principales archivos de toda América, de París y de Londres. Pero lo ya leído me ha convencido, sin necesidad de esperar hasta el fin, de que este estudio, por su imparcialidad y minuciosa documentación, va a mantener la figura del Libertad en el alto pedestal que a su hazaña corresponde, aunque también con las fuertes limaduras exigidas en cuanto a su fogosa personalidad intrínseca, por la verdad histórica. Esto último —mucho me lo temo— habrá de constituir un formidable barranco entre el mérito de la publicación y el entusiástico aplauso con que debería ser acogido en todo el vasto mundo de nuestra lengua. Será ello seguramente el caso en Venezuela donde el nombre de Bolívar ha llegado a alcanzar cumbres de ingente mito intocable. Un diplomático de la tierra, tan inteligente como culto y hombre de mundo, me decía una vez entre burlas-veras: "A Bolívar no se le compara; a Bolívar se le separa". Para muchísimos venezolanos, en efecto, todo roce crítico a la sombra del egregio compatriota es completamente tabú. La inflación mítica raya, al amparo del sentimental prejuicio, en irracional fetichismo.

Bien conoce el autor el paño de la arisca susceptibilidad venezolana. "Pluma en ristre —escribe con gráfica imagen en el prefacio— vela sobre la gloria del héroe, una guardia fiel de caballeros del Santo Sepulcro con quien tendrá que habérselas el desdichado investigador, si por acaso logra penetrar hasta la ciudadela por el dédalo dialéctico que la defiende". Por eso se anda con pies de plomo cada vez que tropieza en el intrincado papeloteo, donde construye, con algo cuya mención pueda empañar el lustre del barroco altar levantado por la tradición. Nunca deja de convocar, en tales casos, todo posible testigo, ocular o auditivo, del suceso o del dicho, para proceder a un meticuloso careo de confidencia. Y sólo entonces, con el agotado muestrario de pros y contras ante los ojos del lector, se aventura a formular su opinión que, cuando resulta peyorativa, nunca deja de parecer escoltada por todas las posibles circunstancias atenuantes.

Si, como español, se complace en expurgar de exageraciones, cuando no de francas mentiras, el escenario colonial en que brota a la acción el insigne renegado, no se muerde la lengua, ni mucho menos, para exponer las lacras del régimen o los atolondramientos de las múltiples juntas patrióticas peninsulares al ocurrir la invasión napoleónica, causa indudablemente inmediata de la sin par coyuntura para hacer saltar las ya latentes chispas separatistas que, por un lado, la conmoción ideológica de la época y, por otro, los interesados designios de Inglaterra, tan formidable hoguera iban a encender. Esos dos foráneos barrenos, fortalecidos con la locura de Riego, tuvieron mucha más parte, de fijo, en el prematuro derrumbe del imperio hispánico que la propia vocación americana de secesión.

No quiere ello decir que, aun sin estímulos de fuera, no se hubiera producido a la larga el desgarrón. Este lo había venido gestando oscuramente lo que podríamos llamar un metabolismo bio-cósmico cuyo proceso, no alumbrado hasta aquí por ningún otro analista colonial, explica Madariaga con felicísima intuición. "Los hombres, escribe, no pueden tomar posesión de la tierra, sin que la tierra tome posesión de los hombres. Injertados en la tierra por medio de los naturales con quienes mezclan su sangre, los "españoles" se van haciendo "americanos" a medida que la savia de la tierra sube y gana las cumbres sociales blancas a través de las castas de color. Tácito durante siglos, este proceso comienza a anhelar expresión a fines del siglo XVIII, y claro es que sólo podía expresarse como protesta contra España. Así, el rey de España, hasta entonces protector del indio contra los abusos del criollo rico, pasó a ser el "Tirano"; el criollo, hasta entonces ufano de llamarse "español" (es decir, *blanco*), pasó a ser "americano"; y el español europeo, hasta entonces unido al criollo por estrechos lazos de sangre e intereses, pasó a ser el "intruso".

De rehusarnos a admitir semejante extrahumana embriogenia de aquella encarnizada guerra civil —pues genuina guerra civil fué la pugna entablada entre españoles (europeos y americanos) con negros e indios a un lado, y españoles (americanos y europeos) con indios y negros al otro — resulta imposible comprender la ciega aberración, sino se achaca a delirio o superchería, que pudo llevar a un hombre tan sagaz como Bolívar, hasta el paroxismo de calificar a sus congéneres, sin jamás rectificar, de "raza más vil" del mundo, regodeándose en su integral exterminio, fueran o no simpatizantes con el ideal indepedentista, y sin sentir el más mínimo empacho ante la clamante paradoja por él mismo simbolizada con los sesenta apellidos de su ascendencia.

Por lo que hace a la personal psicología de su protagonista, Madariaga ejercita a fondo esa tan reputado maestría suya en la espeleología de almas literarias —*Hamlet* y *Don Juan*— o raciales —*Bosquejo de Europa* e *Ingleses, franceses y españoles* — para ofrecernos un Bolívar de carne y hueso con su impuro complejo de mortal pero sin velar ningún legítimo resplandor en su gloria epónima. Al descubierto quedan los dos íntimos resortes de su trepidante carrera; un duro engreimiento a horcajadas de insaciable pasión autoritaria y el ansia acérrima, casi descargada, de encarnar en América la grandeza de Napoleón; al aire quedan, flameando sobre los escombros de aquel régimen virreinal —cuya probada adecuación al estadio evolutivo de la América contempornea no pudo, a la postre, dejar de reconocer él mismo— el penacho de su trascendente epopeya y los lastimeros harapos de su desencanto.

Yo diría, como resumen a mi impresión, que, con esta brava biografía —cerrojo de un opulento ciclo cálidamente patriótico— el autor ha logrado su más eficaz esfuerzo para proyectar el foco de la verdad sobre la historia de nuestra América, si ya no estuviera en las bibliotecas el magistral *Cuadro de las Indias* que le sirve de introducción.

Ginebra. 1952.

"Bolívar", un libro de Salvador de Madariaga

(En *Rep. Amer.*)

Ningún libertador, ningún guerrero, ningún fundador de nacionalidades, ha sido tan vilipendiado, tan calumniado, tan combatido y tan difamado como Simón Bolívar; ya, en el decurso de su agitada y gloriosa existencia, o ya, después de su ingreso a la inmortalidad. No sólo Páez y Baralt y otros panfletarios perversos de Colombia y de Venezuela tacharon de tirano, déspota y ambicioso al ilustre caraqueño, también historiadores y cronistas argentinos y peruanos (1) han tejido leyendas absurdas en torno de la egregia personalidad del genio más augusto de la América Latina. De ahí que, no nos alarma ni nos causa extrañeza que un destacado escritor, por cierto, como Salvador de Madariaga, osara mancillar la noble y austera figura del Libertador del Nuevo Mundo, con infamias burdas, transcripciones infundadas y aserciones inverecundas que registran las páginas del libro *Bolívar*, publicado últimamente por la Editorial Hermes de la ciudad de Méjico, en dos voluminosos tomos.

Si en Bolivia, hasta este momento, ningún historiógrafo ni publicista ha hecho escuchar su palabra condenatoria respecto de un libro tan parcializado e injusto y en cuyas nutridas páginas se advierte de principio a fin una marcada animadversión y un rencor exacerbante hacia el prócer y gran hijo de nuestra América, en Chile y Uruguay y en los países centroamericanos y del Caribe —que poco o nada deben a la espada de Bolívar— prestigiosos periodistas y hombres de letras han salido ya por los fueros de la verdad histórica, comprobando que Bolívar, con todos sus defectos, con todos sus errores y con todas sus pasiones humanas, fué el estadista de gran visión y el héroe incomparable e insuperable de la liberación americana y el guerrero que admirara al mundo con su grandeza de espíritu, con su desprendimiento y su perseverancia en la lucha emancipadora.

No obstante de que el escritor Salvador de Madariaga declara enfáticamente en el prólogo de su libro que "a trueque de disgustar a muchos ardientes defensores de una gloria que, tal y como es en realidad, es bastante grande para no necesitar ningún pedestal de ilusiones, a trueque hasta de ofender a amigos fieles y cooperadores generosos, en lo que sigue me atendré a la objetividad más intachable que mis propias limitaciones me permitan", no obstante, decimos, de esta declaración que nada tiene de intachable objetividad, las apreciaciones insinceras y tendenciosas del autor, parece que no buscaran otra finalidad que la de hacer variar el criterio de las colectividades cultas de la América Latina, censurando la acción de Bolívar, por haber éste iniciado la liberación de un continente, luchado sin desfallecimiento durante quince años contra el poderío español, y dado independencia política a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. ¡He ahí los grandes errores en que incurriera el Padre de la Patria!

Al comentar la obra de De Madariaga, con mucha justificación y espíritu bolivariano dice un prestigioso periodista chileno desde la página editorial de *El Mercurio* de Santiago, que "El libro de De Madariaga sobre el Libertador de América no es objetivo ni imparcial, como afirma el autor. No solamente no es un libro más en la copiosa bibliografía bolivariana destinada a endiosar al héroe, sino que es la obra injusta y llena de resentimientos de un peninsular que todavía no permite a Bolívar su insurrección a la monarquía española y el éxito que coronara las jornadas libertadoras". Luego agrega: "A pesar del libro de De Madariaga, Bolívar seguirá —y acaso con mayor vigor que antes— siendo considerado como el genuino Libertador de la mayoría de las naciones de América del Sur del dominio español, dando nacimiento a los florecientes países de nuestro Continente".

Frente a las invectivas y atestaciones vulnerables del catedrático y publicista español De Madariaga, fácil nos sería oponer el veredicto de innumerables historiadores, estadistas, polígrafos, militares, filósofos, gobernantes, políticos, literatos y aun hombres de ciencia del viejo y nuevo mundos, que tras investigaciones minuciosas han reconocídole a Bolívar los méritos y el lugar preponderante que por derecho propio le corresponde en la historia universal. Y, creemos, que no es superfluo en esta oportunidad, recordar la opinión que le merecía el vencedor de Junín a uno de los más eminentes estadistas y políticos de nuestra América sureña, don Arturo Alessandri Palma —fallecido en agosto de 1950— quien, con esa autoridad y gravitación que solía imprimir a su palabra dijo: "Bolívar no necesita biografía! Vive grande y admirado en todos los corazones que aman la libertad y en los espíritus que valorizan en toda su magnificencia los tesoros de la democracia, cualquiera que sea la latitud que los albergue. Su figura es como un símbolo que encarna muchas de las más excelsas virtudes del espíritu humano: guerrero, estadista, sociólogo, filósofo, orador y, sobre todo, hombre de acción, y apóstol abnegado de los más altos y nobles ideales, los bordes del Continente se han hecho exiguos para abarcar su gloria! Más alto que su siglo, más grande que el suelo limitado de su patria, el espíritu de Bolívar se remonta por encima de las barreras del tiempo y del espacio en la región donde los amores de los hombres, sublimados por el dolor y la muerte, se convierten en ideales de raza y égidas de pueblos". Alessandri Palma, legislador y gobernante, tribuno y estadista de alto vuelo que sirvió a su patria durante sesenta años ininterrumpidos, no fué ajeno al estudio profundo de la historia de América en todas sus fases. Por ello, su opinión acerca de Bolívar, vale más, muchísimo más, que la de un escritor español que respalda sus aseveraciones en los testimonios falsos e interesados de Ducourdray Holstein e Hippisley, detractores de Bolívar, y de los más empecinados.

Si hasta ahora, solamente las Sociedades Bolivarianas de Caracas, de Quito y de La Paz, han condenado en forma valiente y airada el libro *Bolívar* de Salvador de Madariaga, reprobándolo categóricamente por antiamericano, ya es —según nuestro entender— muy justo, oportuno y lógica, que las asociaciones históricas, geográficas y culturales, los institutos militares y también escritores y publicistas de los países bolivarianos y aun de las demás naciones de la América Latina, emitan su criterio imparcial, sereno y fidedigno, sobre la vida, pasión y muerte, de aquel guerrero genial que juró en el Monte Sacro liberar a la América del poder opresor de España; que condujo el estandarte de la libertad desde el Oricono hasta le cumbre del Potosí; que creó y organizó cinco naciones, y que murió pobre y traicionado en San Pedro Alejandrino, persuadido de haber arado en el mar...

Entre tanto, el dilema es fatal: con Salvador de Madariaga o contra Salvador de Madariaga.

Luis TERAN GOMEZ
De la Soc. Bolivarian de
La Paz, Bolivia.

(1) Bartolomé Mitre y Ricardo Palma.

✖

"Bolívar", por Don Salvador de Madariaga

Comentarios de *Pío BOLAÑOS*

(Envío del autor)

San José de Costa Rica,
11 de febrero de 1952

Sr. Ingeniero don
Manuel E. Vásquez.
Su casa.

Mi buen amigo don Manuel:

Con las debidas gracias por su fineza le devuelvo el primer tomo del libro de don Salvador de Madariaga sobre Bolívar, que he terminado de leer anoche.

Voy a darle en pocas palabras mi opinión sobre ese tomo.

1.—Considero la obra de Madariaga sobre Bolívar, una secuela de las otras del mismo autor, *Cuadro histórico de las Indias, Colón* y *Hernán Cortés*, escritos con el objeto de hacer una defensa de España en su conquista y colonización de América y en este último como en sus anteriores, el autor se atiene, primeramente, a las fuentes históricas, documentos, libros escritos anteriormente sobre dicha materia y de todo ese material saca las conclusiones que a juicio de un historiador imparcial y verídico, le merecen ellas. Es un libro éste de Bolívar, como todos los otros sobre las Indias, clásico y servirán todos ellos como referencia para los que estudien este asunto en el futuro.

2.—Hace un retrato psicológico del verdadero Bolívar: del ambicioso y autoritario, comenzando por la entrega de su compañero de armas y el primero en iniciar la Independencia de América, a Miranda, para entregarlo en La Guaira, a pesar de las defensas que los escritores apologistas suyos han tratado de hacerle. Prueba después Madariaga, que fué Bolívar el iniciador de la "guerra a muerte" que caracterizó la liberación de Sur América, emprendida por el Libertador. No le escatima a Bolívar sus cualidades de estadista ni de militar, no obstante los numerosos fracasos que tuvo al iniciar la guerra; pero a mi juicio, está muy distante de Washington, de San Martín y aparece inferior como militar, a su compatriota Miranda.

3.—Me he dado cuenta de las luchas tremendas que Bolívar tuvo que lidiar con sus demás compañeros de armas, y así me explico por qué el General Páez, el llanero

héroe de "Las Queseras", lo persiguió cuando éste llegó a la Presidencia de Venezuela. Bolívar quiso eliminar a Páez al principio de la guerra y si hubiera podido lo liquida, como liquidó al otro general venezolano, Piar. Madariaga presenta los documentos auténticos de esa lucha entre Bolívar y Páez que terminó con la fuga del primero y su muerte natural en San Pedro Alejandrino en los alrededores de Santa Marta, hacienda propiedad de don Joaquín de Mier, militar español que defendió en la guerra los derechos de España en Venezuela. Se acogió, pues, a un antiguo enemigo, huyendo de sus compatriotas.

Le ruego le lean a usted los capítulos en que se trata de las raíces de la familia Bolívar y el juicio de Madariaga sobre el hombre, es decir, el verdadero Bolívar. Allí encontrará muchas cosas que usted —como yo— ignorábamos.

Cuando termine el segundo tomo de esta magnífica obra sobre la colonización española en América —incluyendo la obra cristiana y cultural de esta nación, así como la guerra de la independencia de Sur América, se lo devolveré.

Páselo bien y mande a su agradecido y buen amigo que lo estima y aprecia,

Pío BOLAÑOS.

*

22 de febrero de 1952.

Mi buen amigo don Manuel:

Cumplo a usted mi promesa hecha en mi anterior de darle mi opinión sobre el libro *Bolívar* de don Salvador de Madariaga, ahora que he terminado de leer el segundo tomo de dicha obra.

El autor trata en éste de las campañas libertadoras ya iniciadas en Venezuela relacionando los combates ganados por Bolívar y sus ejércitos en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, victorias que terminaron con la batalla de Ayacucho poniendo así término al poder español en Sur América; también hace referencias a la estancia de Bolívar en Lima, la Constitución boliviana, el atentado contra Bolívar en Bogotá y el ocaso del César.

Todas esas campañas así como las luchas internas entre los mismos libertadores y la formación de gobiernos en las nacientes repúblicas suramericanas, no tenían otro objetivo para Bolívar sino formar un *Imperio Americano* y hacerse proclamar, por sus generales, emperador del mismo. Es, lo que dice el señor de Madariaga, lo que existía o había ideado Bolívar en sus *"ciclos mentales"*. Por ello se lanzó el Libertador a emancipar dichos países de la "odiosa dominación española", como lo afirmó el mismo en sus varias proclamas. Ambición de poderío, para dar cumplimiento a ese vasto plan monárquico o "monócrata", como donosamente lo califica el mismo autor de esta interesante obra. Los documentos que aporta el señor de Madariaga, tomados de los archivos americanos y europeos, dan fuerza a su opinión sobre esta materia.

Hay también en las páginas de ese segundo tomo relaciones de hechos criminosos de todo género en la conducción de esas campañas. Uno lee con horror los detalles del fusilamiento del General Barreiro y de sus otros compañeros del ejército español, caídos prisioneros en los combates de Boyacá y Bomboná. Al General Barreiro lo llevaron, desde la cárcel hasta el patíbulo, con pesados grillos. Allí lo obligaron a arrodillarse y lo fusilaron por la espalda. Este valeroso militar español "había hecho estudios en artillería en Segovia, y luchado en Bailén y en Talavera, cuando las fuerzas francesas invadieron España, era ilustrado y lleno de galantería y tan hermoso que se le llamaba en Bogotá "El Adonis de las mujeres", y con él fueron ejecutados ese día, treinta y ocho de sus compañeros".

Bajo las arcadas de la Casa de Gobierno, el General Santander, a caballo, y rodeado de su estado mayor, presenció la ejecución de esos valerosos militares españoles.

Don Salvador de Madariaga afirma a este respecto, que la explicación de la conducta de Santander se debió "a que era dado a la violencia más de lo que suele decirse y que en esos días perdió la cabeza".

Este hecho y la hecatombe de Pasto son manchas indelebles que empañan el brillo en la gloria de los Libertadores Sudamericanos. No hay invención ni fantasías en la narración del señor de Madariaga. Allí quedan, narrados ellos con todos sus detalles por este autor y otros anteriores a él. Hechos vergonzosos y hasta, casi podría afirmarse, inútiles a la causa de la liberación americana.

Entre las labores intelectuales de Bolívar como estadista, se ha hablado y aplaudido mucho la Constitución boliviana, obra exclusivamente suya. Hay que abrir aquí un paréntesis para juzgar ese documento, indudablemente bueno en los principios que sustenta; pero también hay que verlo desde otro punto de vista; el de las miras ambiciosas de Bolívar, de lo que se anidaba en sus *"cielos mentales"*.

Leamos al autor de esta obra, quien nos ilustra bien sobre esta materia y las intenciones de Bolívar:

"En carta a Santander (27-XII-25), dice el señor de Madariaga, "describe el propio Bolívar la Constitución que había redactado para Bolivia, y aun para toda América: Estoy haciendo una constitución muy fuerte y muy bien combinada para este país, sin violar ninguna de las tres unidades, y revocado, desde la esclavitud abajo, todos los privilegios. Diré en sustancia *que hay un cuerpo electoral que nombra el cuerpo legislativo; pide cuanto quiere el pueblo* y presenta tres candidatos para jueces, prefectos, gobernadores, corregidores, curas y vicarios, amén de otras tantas disposiciones para el buen gobierno de un país. (Lo subrayado es mío).

Ahora bien: las disposiciones sobre la elección del cuerpo electoral no se cumplieron entonces ni se han cumplido nunca en nuestra América. Quizá en algunos países de la que antes fué la Colonia española en América, se ha dado libertad de sufragio, pero no puede esto establecerse como regla general. Lo escrito por Bolívar en su Constitución fué, para él, letra muerta. Todo quedó en abstracto, nada de lo prescrito en esa Carta tuvo valor objetivo o real. Lo preconcebido por el autor de ese documento aplaudido por algunos intelectuales suramericanos, era tener en su mano la fuerza de elegir representantes suyos al Congreso, encaminando "su gobierno" hacia la idea matriz que anidaba en su cerebro: que se le nombrara Presidente vitalicio y llegar en esa forma inicial a que su país lo eligiera monarca. Tal es, en resumen la célebre Constitución boliviana que el mismo Bolívar hizo adoptar al Perú y pretendió que se adoptase en Venezuela y en Colombia, fracasando en estos dos últimos países, como se ve en la Historia de las causas de la ruptura de la Gran Colombia. Comentando estos hechos dice el señor de Madariaga en la página 356 del tomo II: "Bolívar pensaba pues entonces en fundar un Imperio cuyo primer monarca sería él con el título de Libertador, y el segundo Sucre, con el de Emperador". Y el autor justifica su opinión con cartas del mismo Bolívar y con otros documentos que actualmente se encuentran en los archivos de Colombia, Venezuela y el Perú, y el párrafo, cuyos primeras líneas hemos dado aquí, lo termina el Sr. de Madariaga afirmando esto:

"Habrá pues que recordar otra vez y no será la última, que a lo que iba Bolívar en el fondo era a la reconstrucción del Imperio español sin el rey de España".

En vista de esas premisas sentadas por el autor del libro que comento, puedo yo, con toda lógica, hacerme esta interrogación: ¿Por la causa antes dicha, se derramó tanta sangre en la liberación de las colonias españolas en nuestra América? ¿Por eso mismo se destruyó tanta propiedad, confiscando—la privada— se distribuyó ésta entre

los generales victoriosos? Pero no es todo. La Revolución americana abrigó casi todas las leyes que regían estas colonias y lo que es más, "la secular institución española del poder municipal que hacía imposible la dictadura y había hecho ilustre y próspera la familia de Bolívar", como lo afirma el señor de Madariaga.

Nadie puede objetar que los pueblos hispanoamericanos dependientes de la Corona española deseaban, a principios del siglo XIX, emanciparse del poder español, elegir sus propios gobiernos, estableciendo naciones soberanas regidas por sus propios ciudadanos. Pero se equivocaron en los medios y métodos para conseguir tan nobles fines. Hay quienes opinan, sin embargo, que estas colonias no estaban todavía en esa época, preparadas para el gobierno propio y la objeción se prueba con lo sucedido desde que se llevó a cabo la independencia de España. Pero esa objeción no se opone a lo que vamos a decir ahora.

Los que dirigieron la guerra a muerte contra los españoles tenían también sangre española y muchos de ellos, habían sido educados en escuelas y colegios creados por el gobierno español en estas Colonias, y había otros con familiares cercanos en la misma España. Fué esta guerra de emancipación más bien una guerra civil. En los dos bandos había hasta hermanos. Los que querían independizarse no tenían razón para alzarse en guerra cruel contra su raza ni contra las tradiciones de familia y de cultura recibidas de sus antepasados. Además de lo dicho hay que tener en cuenta que *la guerra no paga,* como lo ha escrito un teólogo francés contemporáneo y otros tantos filósofos antes; pero ella —la guerra— como es notorio arruina espantosamente a todos los que la hacen o la sufren y lleva consigo un derroche terrible de riqueza y una ola de desmoralización y de bandidaje, acaba en fin con las reservas acumuladas por generaciones anteriores. Y en cuanto al odio que se desató en esas horas de violencia de la guerra de emancipacion, el hombre suramericano debió hacer suya la palabra espléndidamente evangélica de la Antígona de Sófocles: "Yo no estoy hecho para compartir el odio, sino para comulgar con el amor". (En *Antígona,* de Sófocles).

Había que tener en cuenta asimismo, que España al conquistar y colonizar la América nos dió todo lo que ella poseía: su raza, su hermosa lengua y cultura sana y clásica para humanizarnos; dictó leyes justas; evangelizó y civilizó a los indios aborígenes y estableció en estas provincias de América, los dogmas de la religión cristiana, y para el culto, construyó iglesias, catedrales y conventos, edificios que aún subsisten después de tres siglos de construídos y, por último, fundó las Universidades de Lima, Santo Domingo, México, Guatemala, Bogotá, Quito, León de Nicaragua y Comayagua de Honduras, así como otros centros donde se daba enseñanza formadora y humanista. Y por fin edificó palacios para los Virreyes y otros públicos, lo mismo que hospitales.

De todos esos Centros Educativos qué quedó después de la Independencia? Los estudios vinieron a menos; comenzaron a ser deficientes y se introdujo en ellos el de la filosofía de la naturaleza y, sobre todo, el materialismo, ese monstruo devorador de la conciencia, especie de ceguera moral que influye en la desintegración del carácter de la persona humana. Hasta el hermoso idioma castellano vino a sufrir, pues casi se llegó a abandonar el estudio de la gramática del mismo y se desterró el del Latín tan necesario para hablar y escribir bien el castellano. Vino una época de decadencia cultural y moral, y las doctrinas esparcidas por la Enciclopedia Francesa y las disolventes de la Revolución del 93 en la misma Francia, llegaron a estas tierras americanas y encontraron aquí terreno abonado para producir lo que vino después de las guerras de la Independencia; la serie interminable de déspotas crueles e inhumanos y las tiranías semisalvajes que aún todavía perviven en esta América Hispana, regida ella, hasta principios del siglo XIX por leyes regulares y de acuerdo con el derecho de gentes y de los principios aceptados en el mundo en aquella época.

Bolívar y los Generales libertadores sembraron en América, como se dice vulgarmente, vientos y cosecharon tempestades, no aquietadas todavía.

Pero, retrocedamos un poco y veamos lo que nos dice la historia de la Colonización de España en América.

Hubo en España, poco después del descubrimiento de las Indias Occidentales, un teólogo y jurisconsulto, Fray Francisco de Victoria, quien en sus relaciones sobre los indios, llega a dudar de la legitimidad de las conquistas militares de los indios de América, y pedir más humanidad en sus tratos con ellos así como respeto a sus propiedades; y otro predicador, Fray Bartolomé de las Casas, que condena las matanzas, los pillajes y los métodos de servidumbre ejecutados en América por los encomenderos. Sabemos, asimismo, que Las Casas predicó en 1536 en la Iglesia de San Francisco de Granada en favor de los indios y por sus prédicas en esa ciudad se levantó un información ordenada por el Gobernador de la Provincia de Nicaragua, Rodrigo de Contreras (Ayon *Hist. de Nicaragua,* 3er. tomo). Pocos años más tarde el gran Cardenal de España, Francisco de Cisneros, toma en cuenta las quejas de Las Casas y "Resuelve mandar a Fray Luis de Figueroa, Fray Alonso de Santo Domingo y a Fray Bernardino de Manzanedo, de la orden de San Jerónimo, varones excelentes y de conocida vida, prudencia y letras, para que vengan a América a investigar los hechos denunciados por Las Casas y como jueces y comisarios generales, llevar a cabo la reformación de las Islas del Mar Océano a fin de que los pobladores españoles vivieran en justicia y no causaran perjuicios ni agravios a los indios". Así lo afirma el Conde de Cedillo en su obra *El Cardenal Cisneros;* y algo hicieron esos frailes para mejorar las condiciones en que vivían los indios al principio de la conquista de América por los españoles.

Tanto Isabel la Católica como los reyes que le sucedieron en el Gobierno de la nación española durante los tres siglos del coloniaje, ordenaron y encarecieron en sus ordenanzas y cédulas reales, a sus virreyes y demás representantes de la Corona en estas tierras de América, proceder conforme a justicia tanto con respecto a los indios como con los demás pobladores.

Esos mismos reyes españoles establecieron en las nacientes ciudades americanas, regímenes municipales formados por el libre voto de los vecinos de dichas comunidades. La justicia, de acuerdo con las sabias leyes españolas, era muy buena; se castigaban los crímenes y los delitos, y los jueces, mantenían con firmeza los derechos de todos. Se vivía, pues, en estas tierras, bajo una dominación ordenada y justa. Por lo que hace a la moral social, la familia vivía en un ambiente de respeto y de consideración mutua. De España llegaron a estas colonias americanas, durante los siglos XVII y XVIII, gran número de familias, algunas con títulos de nobleza y otras de buena estirpe, para radicarse en las varias ciudades americanas y no volvieron a su tierra natal. Toda esa gente se volvió americana, nos trajo las honestas costumbres del hogar español y contribuyó para formar en estas tierras lo que comúnmente se ha llamado la aristocracia criolla.

Cabe aquí ahora, hacer otro paréntesis y preguntar: ¿Dónde está la oprobiosa dominación española? ¿Dónde esa servidumbre, dónde ese oscurantismo de que tanto se ha hablado al declararse la independencia de Hispano América? Todo ello no fué sino propaganda barata para establecer después el despotismo ignorante y la tiranía oprobiosa en estos desgraciados pueblos. A propósito de esa propaganda calumniosa contra España, permítame, mi buen amigo don Manuel, reproducir aquí las frases de mi conterráneo, el escritor don Enrique Guzmán, a quien usted conoció y trató. En un artículo escrito en Granada el 21 de abril de 1909, con motivo de recuerdos históricos de la guerra entre España y los Estados Unidos, alguien en Nicaragua censuró y criticó a España por no haber dado la libertad a Cuba, amén de otros insultos a la madre España, y don Enrique Guzmán, refutando esas calumnias, declaró esto: "En este rincón donde yo vivo, nunca, después de 1821, se ha denostado a la madre España: no cometeríamos jamás tan estúpida vileza".

Yo nací y me crié, como usted lo sabe, en Granada, la antigua Sultana del Gran Lago y fué en aquel ambiente donde aprendí a querer a España y aunque usted conoce que esos sentimientos anidan en mi alma, por habérselos expresado antes, he creído oportuno declararlos nuevamente aquí, *ad perpetuam rei memoriam* como también lo dijera mi conterráneo Guzmán en el artículo citado.

Toda aquella organización política con sus célebres Leyes de Indias, promulgadas por el gobierno español, toda esa organización estatal y esa moral social, lo mejor que podía concebirse a principios del siglo XIX, se vino abajo en estas colonias americanas, desde México hasta la Argentina, y en lugar de esos regímenes humanos mantenidos por más de tres siglos, fueron ellos sustituídos por dictaduras y tiranías que perviven en América todavía a mediados del siglo XX. Hay muchas otras cosas de importancia para el estudio de la Liberación americana que trata el señor de Madariaga en su libro sobre Bolívar, tales co-

mo los auxilios recibidos por el Libertado, de parte de Petion, el presidente negro de Haití y el poderoso de los ingleses, éste más censurable porque en esa época Inglaterra era aliada de España y jugó aquí doble papel. Si Bolívar no obtiene dichos auxilios no hubiera podido libertar ni a Venezuela ni a Colombia.

Pero hay que poner ya punto final a estos ligeros comentarios a la defensa de España que se propuso hacer con tan feliz éxito don Salvador de Madariaga, reproduciendo ahora lo que este autor dice a la muerte de don Simón Bolívar en San Pedro Alejandrino el 17 de diciembre de 1830:

"Al lado de aquel inveterado cazador de mujeres, ni una mujer, querida, hermana, sobrina, amiga, ni una para protegerle de los ruidos del cuartel y de los aromas del cuarto de guardia que lo atormentaban día y noche —némesis quizá de una vida que no buscó en las mujeres otra cosa que los placeres que dan al rendirse" (Pág. 558, tomo II). Y es que Bolívar no tuvo hogar, ni esposa ni hijos: no conoció nunca el calor familiar; creció y se educó en ambiente de bohemio, y en el resto de su vida, entre gentes de cuartel y en campañas militares. Fué, sin embargo, profeta, porque antes de morir declaró: "El que sirve una revolución ara en el mar". "Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada para después pasar a tiranuelos, casi imperceptibles de todos colores y razas".

Y esas profecías se han cumplido al pie de la letra en nuestra América Hispana. Aró en el mar y sembró tiranías y despotismos.

Nuevamente le agradezco su bondad por haberme facilitado el libro de don Salvador de Madariaga, del cual he sacado lecciones muy sabias y datos históricos que yo ignoraba, sobre la revolución americana,

Su viejo amigo,

Pío BOLAÑOS.

Costa Rica.

Dos cartas literarias

Por *Gonzalo DOBLES* y *Alfredo SABORIO*

(En *Rep. Amer.*)

Muy estimado Alfredo Saborío,
Licenciado en Derecho,
escritor y tribuno
con gran corazón dentro del pecho:

Me cuentan los amigos,
los buenos, los sinceros, los leales,
que abandonaste la ciudad un día
con el alma repleta de ideales,
y plantaste la tienda
de tus líricos sueños
en la quietud azul de las montañas,
allí donde no viven los pequeños
ni los mezquinos odios de la urbe.

Dejaste la Avenida
de las Damas sin que éstas se ofendieran
y cambiaste tu vida,
el eterno paisaje cotidiano
del parque y el juzgado
por el ambiente diáfano y lozano
del campo iluminado
por todos los luceros de la noche
y por todas las lámparas del día...

Te debo confesar, amigo mío,
que siento una alegría
como si yo estuviera disfrutando
del canto de los pájaros y el río,
de los largos caminos que se pierden
en el bosque sombrío...
Te confieso que siento una nostalgia
de verme en la ciudad anquilosado,
sin poder como tú correr arriba
del monte perfumado
para escuchar en las profundas noches
el arrullo del viento,
y sentir que aletea en mi cerebro
la mariposa azul del pensamiento;
contemplar la montaña
envuelta en un cendal de muselina
bajo el sol que decora de celajes
la tarde campesina;
oír entre el follaje de los árboles
el monótono pájaro que canta
y naufragar al fin en el silencio
que de la misma tierra se levanta.
Ser la hoja, la fuente y la montaña,
recibir la emoción de cada día
y comprender que en las pequeñas cosas
se esconde el cascabel de la alegría,
la luz encantadora de los sueños
que sólo el alma acongojada ansía...

Te envidio, mi querido compañero,
en la cruzada intensa de la vida,
que a veces rasguñó nuestras dos almas
y nos dejó una herida
profunda, y que otras veces,
el triunfo, la bohemia y los placeres
nos llenaron de júbilo
como frescas sonrisas de mujeres.

Te envidio, mi gallardo compañero
en el noble trajín de la cultura,
en los blancos altares
de la belleza pura;
en el banquete eterno de la diosa
del ensueño, el amor y la poesía
y en los infolios donde la Justicia
sin vanidad resplandecía
porque en ella poníamos el alma
con honradez, nobleza y valentía.

Compañero de todos los momentos
y amigo sin fronteras:
cómo te envidio ahora que te has ido
de la vieja ciudad a las praderas,
a las rústicas cabañas,
a los ríos espejeantes
bajo el amor azul de las montañas.

Y dime compañero de ideales,
de triunfos y caídas,
que te estremece un pájaro que canta
en las amanecidas,
como sabes luchar
con vigoroso empeño
por las más nobles causas
de tu lírico sueño;
hoy que vives contento,
lejos de la ciudad que nos fascina,
¿no has encontrado allá por las montañas
ninguna campesina,
con su espléndido traje de colores
a la orilla del río
y sus ojos profundos
como un bosque sombrío?

Y hasta aquí aquí la misiva.
Si es cierta mi pregunta, compañero,
dámele los saludos que le envío
del modo más sincero
como lo hacían los gentiles hombres
con el penacho airoso del sombrero;
y tú recibe del amigo
el apretón de manos
lo mismo que si fuéramos
dos amigos-hermanos.

Gonzalo DOBLES.

San José de C. R. 1952.

*

Contestación

Amigo don Gonzalo, buen amigo
Dobles Solórzano, mi compañero:
al contestar tu carta, silva hermosa,
te brindo el corazón más que el sombrero.

Tu consagrada Musa canta ahora
con esa lira dulce e inspirada
de tu ritmo triunfal, lleno de honores.
mi bucólica agreste retirada,
la que cambió el Estrado de la Curia
por la montaña azul, toda belleza,
donde se pierde el sueño de la murria,
y que voy a pintarte en un soneto,
si es que aun puedo ritmar, hacer un verso
o la estrofa inspirada de un terceto...

Helo aquí, como a guisa de premio,
marco propio del tópico que cuento
para corresponder, amigo mío,
a una carta de tanto valimiento:

Un cuadro rodeado de paisajes
se ha escondido hacia el sur del Irazú,
donde el sol teje rítmicos encajes
que van bordando el nombre de Escazú.

El más bello de todos los parajes.
Sus florestas se visten de tisú,
cuando el Cielo se llena de celajes
que coloran los pinos y el bambú...

Acuarela de un bosque perfumado,
visión agreste de la selva Tica,
es un rincón feliz que está encantado.

La serranía dibuja el panorama,
romántico jardín de Costa Rica,
que San Antonio de Escazú se llama.

Ese es el campo del actual retiro
donde planté mi tienda, ya otoñal,
por sustraerme de la urbe extraña
que no convida a hacer ni un madrigal..

Acércate ahora a verme
sentado junto al río,
en esta granja agreste
de la montaña ideal
y ve por Occidente;
el Cielo se colora;
parece un gran fanal
y aunque es un Cielo cálido,
un cielo de poniente...
opalescencias tiene...
y ahora está bellísimo
en un ocaso poético
que tengo frente a frente
prendido al infinito...
Es un ocaso altísimo
que sólo admite alados
espíritus soñantes
para beberse toda
su gran coloración
de perlas y brillantes
en la más exquisita
dilecta orquestación...

Pasaron ya las glorias
también los desengaños...
Ahora canto solo
al son de mis memorias,
que así las horas vuelan
en alas de los años...

Yo sigo en Rocinante
arriba, hacia la gloria
de todos mis amores.
Constante peregrino,
sonriente caminante,
estoy cantando ahora
entre un jardín de flores...

Por eso es que prefiero
cantar cerca del Cielo
y sentir palpitar el corazón
cuando logro las dichas de mi anhelo
con el arpa que expresa mi canción.

Porque en la urbe se mira a Sancho Panza
a lomo de asno y caminando al trote,
allá la Vida rompe la Esperanza
porque se olvida siempre a don Quijote.

Prefiero la montaña azul...
ésta que vivo ahora junto al río,
la que deja cantar a los jilgueros
y se yergue en agreste señorío.

Yo prefiero mi huerto, noble amigo,
la granja campesina, no el palacio,
dialogar con la luna y las estrellas
gozando las bucólicas de Horacio.

Frente a estos tan bellísimos paisajes
recojo toda mi ansia apasionada,
me parece al crepúsculo del véspero
que despierto otra vez a la alborada...

Ven a pasar conmigo buenas horas,
a recordar los blancos de la vida,
que aquí la primavera del paraje
a forjar añoranzas nos convida.

Pero hablemos tan sólo de las glorias,
las del alma, ganadas con anhelo:
nosotros no sabemos de caídas
porque siempre volamos hacia el Cielo,
porque tu lira siempre, honrada y noble,
y el arpa do expresé yo mis canciones,
nos forjaron, amigo, los vergeles
interiores, cuajados de ilusiones.

Menguados y caídos otros:
Nosotros no, que enhiestos, siempre nobles,
los alientos llevamos en el alma
que nos hacen erguirnos como robles.

Pues ven aquí, te espero complacido.
También hay Dulcineas: linda Tica
de la ciudad, del campo o la montaña,
ritmando siempre amor en Costa Rica.
No es ese un privilegio josefino:
flores tiene la Patria por doquiera
para cantar en trovas soñadoras
las fiestas de su eterna primavera.

Y cuéntanme que aquí en San Antonio
de Escazú, hay ondinas soñadoras,
que subyugan y hechizan con sus gracias
femeninas y siempre seductoras...
Debes traer entonces amuleto,
si pasear no quieres entre trasgos,
con los gnomos y Hadas encantadas,
y rendirte tal vez perdidamente
a la luz de sus fúlgidas miradas...

Te espero don Gonzalo,
Paladín del Derecho y la Poesía.
Que pueda verte aquí junto al bohío
este amigo de siempre,

Alfredo SABORIO.

San José de C. R.
22 de diciembre de 1952.

Síntesis de mi Filosofía

(*Viene de la pág.* 85)

expresando; ya intentar comprender el cosmos concede la jerarquía necesaria para ser escuchado; y no importa cuál es el número en que nos clasifica el lector, en una escala para los talentos de uno a cien; precisamente el que se nos clasificara en un número bajo sería un dato más, integrante del problema del hombre; en la tremenda empresa de expresar una filosofía todos los medios son buenos, por ejemplo, el de aforismos de Nietzsche;

15) Encarar la verdad, procurarla por todos los medios de que uno disponga, sin titubeos ni miedos ni contemplaciones, no sólo es la más alta jerarquía a que se puede aspirar sino el primer deber, el primer "imperativo categórico", y aún la más saludable medida para nuestro bienestar; no podremos redimirnos con una mentira; opiatas para el dolor o doctrinas para la conducta no son filosofía; se puede edificar una moral "sin obligación ni sanción", como dijo Guyau, mucho más eficaz que la actual, que está basada sobre la mentira; sólo a base de verdad podemos construir nuestro mayor bienestar posible; todo edificio que levantemos sobre el miedo o el engaño está construído sobre la arena;

16) Reverencio al hombre con respeto rayano en devoción; los ideales del santo, el sacrificio del héroe, el amor de los padres, el anhelo de la virgen representan algo tan grande e inconmensurable, que bien podemos, al erigir un código de moral, hacerlo en nombre del hombre;

17) Desde que los astrónomos descubrieron que la tierra giraba alrededor del sol y los zoólogos clasificaron en el reino animal al hombre, se nos ha dicho con frecuencia que había sufrido mucho el orgullo de éste; ya no era el centro del universo; nada más errado; si dentro del sistema solar sólo en la tierra se da el fenómeno del pensamiento, el hombre es el centro de dicho sistema; si como es posible, es un fenómeno único, es el centro del universo; y aunque haya miríadas de mundos que llegaron a él, siempre se le puede adjudicar la jerarquía más alta e insuperable;

18) Todos los valores, desechados al considerar la naturaleza, se recobran al llegar al hombre; para él, medida de todas las cosas, totales, irreductibles, existen todos los valores, y su moral anticristiana no es menos respetable que la cristiana porque él es el autor de las dos; el hombre es una parte de la naturaleza y todo lo que hace es natural; por él la naturaleza tiene conciencia de sí misma e intención y propósito.

R. AREVALO MARTINEZ.

Guatemala, 4 de febrero. 1953.

Noticia de Libros

(*Viene de la página siguiente*)

*

Gracias a Vicente Echeverría del Prado por el envío del ejemplar Nº 024 de su último libro:

Los mármoles furtivos. Poemas. México 1952.

En este libro, las notas preliminares de Enrique de Gandía, en Buenos Aires, están muy bien puestas; son muy merecidas. Las acogemos.

Con el autor: Antonio Sola 20. Col. Condesa. México, D. F. (11). México.

*

Como edición especial del Comité Nacional pro Centenario de Martí:

Guatemala, por José Martí. Prólogo por B. Costa-Amic. Editorial de Educación Pública. Guatemala. Centroamérica. 1953.

Volvamos a leerlo. A Martí hay que releerlo.

*

Este libro de Lilian Serpas, como atención de la autora:

Huésped de la Eternidad. Poesías. México.

José Vasconcelos, Arturo R. Pueblita, Gregorio Cordero y León, y Julián Gorkin, acogen a la autora. Honrosa acogida.

Veinte años de labor poética junta la autora en este libro. Seis volúmenes en uno solo. Al lector le pide: "...en mi poesía sólo veas la manera de vivir de una mujer atenta a sí misma y procurando auscultarse".

Con la autora:
Plaza de Miscoalli 3-B.
México, D. F. México.

*

En las Publicaciones de la Oficina Hondureña de Cooperación Intelectual. Casa Presidencial. Tegucigalpa, D. C. Honduras:

La tristeza de la Cumbre, drama en tres actos y en prosa y *El corazón del Pueblo*, comedia en dos actos y en prosa.

Por Alonso A. Brito. 1952.

*

Atención —y gracias— del Prof. John Van Horne, en la Universidad de Illinois, Urbana, Illinois:

Azorín: *Ante Baroja*. Librería General. Zaragoza.

Y los números 1 y 2 de una revista española que no conocíamos, muy buena: *Revista de Literatura*. 1952. Tomo I. Nos. 1 y 2. Madrid.

*

Señalamos este libro de estudio:

La novela Iberoamericana. Memoria del Quinto Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Albuquerque, New Mexico, 1951.

Edición a cargo de Arturo Torres-Rioseco. Ensayos de inestimable valor. Autores hispanoamericanos colaboran, dos españoles y dos norteamericanos.

*

Nuestro amigo Justino Cornejo, hombre de letras muy estimado, ecuatoriano, nos llega con este librito:

Microsofía. Con una nota preliminar del autor. Guayaquil, Ecuador. 1952.

'*Microsofía*, esto es, bocadillos de sabiduría, sabiduría parva y leve, la de la idea tanto como la de la palabra; *Sofía* propia y ajena recopilada por el amor de un hombre de estudio y ennoblecida por ese amor". Estimamos en mucho al Profesor Cornejo. Vamos a saborear su librito.

Señas del autor:
Piedrahita 7B y G. Mascote.
Guayaquil. Ecuador.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
EDITOR
En Costa Rica:
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mla de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

En las cuidadas y muy valiosas ediciones del Ministerio de Educación (Dirección de Cultura y Bellas Artes), Caracas, 1952:

La entrevista de Guayaquil. Restablecimiento de la verdad histórica. Por Vicente Lecuna. Compuesta con la cooperación de Esther Barret de Nazaris.

En la Biblioteca Venezolana de Cultura. Colección "Andrés Bello".

En la misma Biblioteca:

Vida ejemplar del gran Mariscal de Ayacucho. Por Angel Grisanti.

Con este Lema:

"Educar es el más sagrado deber de las autoridades delante de Dios y de los hombres".—*Sucre*.

En las mismas Ediciones:

Discurso del Presbítero Carlos Borges en la Casa Natal del Libertador. Caracas. 1953.

(Lo dijo el 19 de abril de 1918).

*

Un escritor rumano sobresaliente, en edición francesa:

Al Sahia: *Nouvelles*. En Editions "Le Livre". Bucarest.

Atención que nos place del Press Service of The Legation of the Rumanian People's Republic. Washington, D. C.

*

En un folleto elegante: *Banco de Costa Rica —1952— 75 aniversario*.

Reseña corta del desarrollo del Banco en sus 75 años de vida.

*

Algunos de los cuadernos de la Xa. Conferencia Interamericana. Secretaría General (Caracas, 1953):

Himnos y Doctrinas. Por el Dr. Antonio Alamo.

Reunión en Venezuela. Por el Dr. Emilio Romero.

La más fecunda de las Conferencias Interamericanas. Por el Dr. René Schick.

La unidad americana. Por el Dr. Villaveces Restrepo.

*

Javier Mariátegui, hijo del reputado escritor peruano José Carlos Mariátegui, honra del mejor modo, ejemplar, la memoria de su padre.

Ahora nos ha remitido:

José Carlos Mariátegui, 7 *Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. 3ra. edición. Biblioteca "Amauta". Lima. 1952.

Es el tomo 2do. de las *Obras Completas* de J. C. M. Estamos de plácemes.

Con Javier Mariátegui: Alcanfores 1096. Miraflores. Lima. Perú.

*

En alado folleto circula la *Carta Aérea a mis amigos de América*, de Miguel Angel Asturias. Buenos Aires. 1952. Que sea leída y reflexionada.

*

Un nuevo poeta de Costa Rica sale a la escena con este libro:

Alto sentir. Trejos Hnos. San José, Costa Rica.

Contiene: *Persistencia de ti* y otros poemas.

El autor: Alfonso Ulloa Zamora. Lo saludamos con gusto, mucho bueno esperamos de él. Prosiga.

*

Un autor costarricense ya muy conocido y acreditado: Carlos Jinesta. Nos remite, generoso, su último libro:

Evocación de Hidalgo. Editorial "Pluma y Lápiz de México". Isabel la Católica 14. México. 1951.

Con muy buen juicio, el autor nos va guiando en su lectura, provechosa. Gracias por el envío.

*

Un folleto que nos ha interesado mucho:

Las raíces de la lingüística indígena de Cuba. Por el Dr. Julián Vivanco. La Habana. 1953.

Hacen falta en nuestra América más estudios como éste. Que sirva de estímulo y ejemplo en estas patrias.

Con el autor:
Calle Tito Yllera 5
San Antonio de los Baños. Cuba.

*

En la Colección México. Grupo América. 1951:

Magdalena Mondragón: 2 *obras de teatro*.

Son: *La sirena que llevaba al mar* (escrita en 1945) y *El mundo perdido* (escrita en 1946).

*

Este folleto:

Reunión del Comité de Expertos en Bibliografía. Londres. Abril 24-27-1951.

Recomendaciones. Traducción y nota preliminar de Fermín Peraza Sarausa, Director de la Biblioteca Municipal de La Habana. 1952.

(*Concluye a la vuelta*)